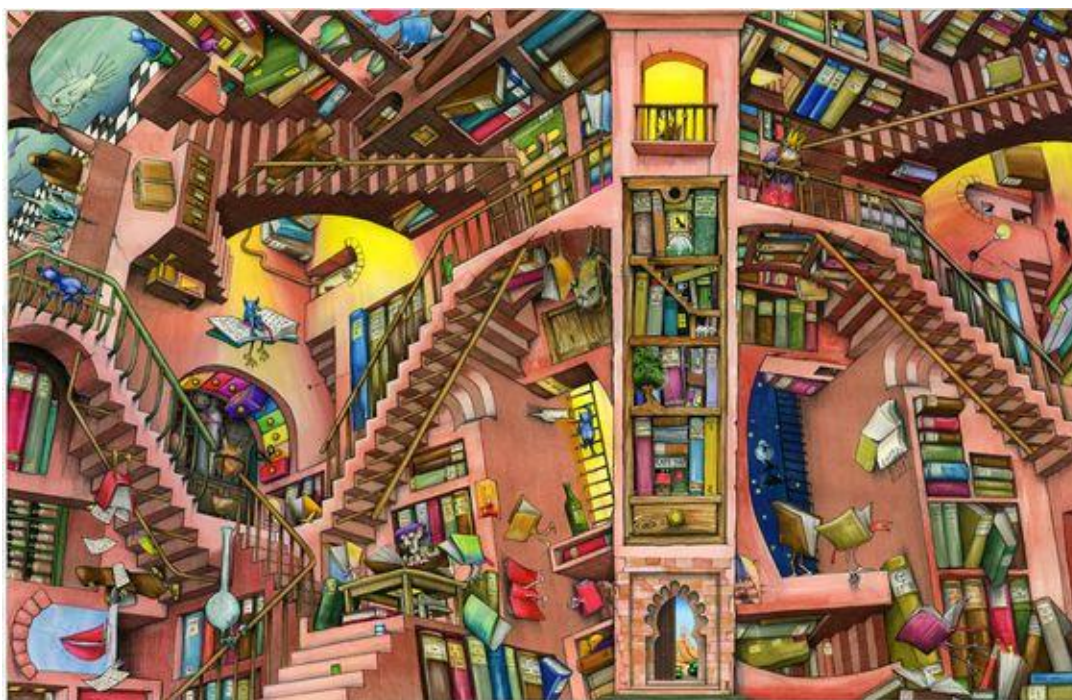


ANTOLOGÍA DE TEXTOS PARA 1º DE ESO



IES PILAR LORENGAR (ZARAGOZA)

CURSO 2019-2020

CUENTOS TRADICIONALES

EL BORRACHO Y LA CALAVERA



Hace mucho tiempo, en una noche de primavera, tres estudiantes de medicina que volvían de una fiesta decidieron entrar a un cementerio.

- ¡Vamos a ver si algún muerto se atreve a asustarnos! -dijeron entre grandes risotadas.

Por supuesto que -como estaban bastante borrachos- no sentían temor alguno.

Deambularon un rato entre las tumbas, hasta que se acercaron a un enorme osario y se pusieron a revolver entre los restos.

- ¡Miren, un fémur! ¡Nos va a servir para anatomía! -dijo uno.

- Lástima que ya no pueda correr... -agregó el otro.

En ese momento el tercer joven tropezó con una calavera y estuvo a punto de caer. Los otros dos se echaron a reír y él, furioso, le dio un puntapié.

Pero apenas terminó de hacerlo, vio como entre sueños, que el cráneo se movía y hasta le pareció que... que una tenue luz iluminaba las órbitas vacías.

- No te enfades, calvorota -le dijo en tono burlón-. Para que me disculpes, te invito a que vengas mañana, a comer a mi casa. No te olvides, calvorota...

Sus amigos se rieron festejándole el chiste y al rato salieron los tres del cementerio y siguieron la juerga hasta el amanecer, sin darle ninguna importancia a lo ocurrido.

Al otro día resolvieron acostarse temprano porque estaban muy cansados.

Así hicieron. Cada uno se fue a su casa. Antes de la hora de la cena, ya estaban dormidos. Bueno, en realidad no todos estaban dormidos... porque el que le había dado el puntapié a la calavera, no podía pegar un ojo. Y hacía un largo rato que daba vueltas en su cama, cuando escuchó unos golpes sordos en la puerta.

Bajó las escaleras y preguntó:

- ¿Qui-quién... es?

Del otro lado de la puerta, se escuchó una voz de ultratumba que le decía:

- Estaaa aquíii el que usted invitoó a comer anochee.

El joven, que conocía mucho a sus amigos, pensó que venían a burlarse de él. Sin embargo, apenas abrió la puerta, se dio cuenta de que se había equivocado.

Una altísima figura, delgada, esculpida y de un intenso color blanco, lo miraba desde los agujeros de sus órbitas iluminadas. Parecía una estatua viviente.

No tuvo más remedio que hacerlo pasar.

El joven estudiante preparó una mesa con todo lo que tenía en la casa: frutas de todas clases, unas jugosas milanesas y helado de chocolate.

Pero la estatua no probó nada.

- Yooo nadaaa de estoóo puedooo comer -le dijo- pero me ha dadooo muchooo gustoóo venir a tu casaaa. Ahora te invitoóo yooo, para que veengaaas a la míaaa, mañanaa, a la mismaaa hora.

Al otro día, el estudiante contó a sus amigos lo que había pasado y a los otros les dio tanto miedo que ninguno quiso acompañarlo.

- Pues yo sí que voy -dijo el joven haciéndose el valiente-, porque no le tengo miedo a nada.

Pero, por las dudas, se colocó en el cuello un rosario que le ofrecieron sus amigos, porque le aseguraron que así estaría protegido y nada podría pasarle.

Esa noche el joven se despidió de los otros estudiantes bromeando, y tratando de no sentirse asustado. Sin embargo, cuando llegó al cementerio, sintió que un sudor helado le empapaba las manos y un nudo le oprimía la garganta.

Pensó que tal vez lo mejor sería regresar a su casa, pero también estaba seguro de que sus amigos se burlarían de él y lo acusarían de ser un cobarde.

Decidido, iba a tomar el picaporte de la puerta, cuando vio que ésta... se abría sola, con un ruido de goznes oxidados: IIIIIIIIIHHHHH.....

Entró lentamente.

A un costado del osario se veía una mesa tendida con dos candelabros encendidos. En un extremo de la mesa estaba aquel señor de apariencia de estatua, que lo saludó con una reverencia, diciéndole:

- Siiiiéeeentateee.

El estudiante se sentó temblando. Un viento fuerte sacudía las ramas de los árboles y hacía titilar las llamas de las velas.

La estatua se puso de pie, metió las manos adentro de un nicho y, sacando un plato lleno de cenizas, le ofreció al joven:

- Cooooomeee, hambreee, coooooomeee.

El estudiante lo miraba sin pronunciar palabra, mientras un temblor le sacudía la mandíbula. Los minutos pasaban y, al ver que el joven no probaba bocado, la estatua se le acercó y le dijo:

- Consteee que estaaa nochee te vas a salvar por el escapulariooo que llevas al cuellooo. Espeeroooo que aprenderás a no reeeéirtee de los mueeeertoos. Ahoooooraaa, ¡pueeeedes irteeeee!

El estudiante no se lo hizo repetir y salió corriendo a una velocidad increíble.

Sus amigos se alegraron mucho al verlo llegar.

Sin embargo, cuentan que cuando llegó a su casa se acostó de inmediato y se puso muy enfermo. Y cuentan también que antes de dos días murió. Tal vez, porque el rosario que le dieron sus amigos no había sido bendecido.



EL ENANO SALTARÍN

Jacob y Wilhelm Grimm

Cuentan que en un tiempo muy lejano el rey decidió pasear por sus dominios, que incluían una pequeña aldea en la que vivía un molinero junto con su bella hija. Al interesarse el rey por ella, el molinero mintió para darse importancia: "Además de bonita, es capaz de convertir la paja en oro hilándola con una rueca." El rey, francamente contento con dicha cualidad de la muchacha, no lo dudó un instante y la llevó con él a palacio.

Una vez en el castillo, el rey ordenó que condujesen a la hija del molinero a una habitación repleta de paja, donde había también una rueca: "Tienes hasta el alba para demostrarme que tu padre decía la verdad y convertir esta paja en oro. De lo contrario, serás desterrada."

La pobre niña lloró desconsolada, pero he aquí que apareció un estrafalario enano que le ofreció hilar la paja en oro a cambio de su collar. La hija del molinero le entregó la joya y... zis-zas, zis-zas, el enano hilaba la paja que se iba convirtiendo en oro en las canillas, hasta que no quedó ni una brizna de paja y la habitación refulgía por el oro.

Cuando el rey vio la proeza, guiado por la avaricia, espetó: "Veremos si puedes hacer lo mismo en esta habitación." Y le señaló una estancia más grande y más repleta de paja que la del día anterior.

La muchacha estaba desesperada, pues creía imposible cumplir la tarea pero, como el día anterior, apareció el enano saltarín: "¿Qué me das si hilo la paja para convertirla en oro?" preguntó al hacerse visible. "Sólo tengo esta sortija." Dijo la doncella tendiéndole el anillo. "Empecemos pues," respondió el enano. Y zis-zas, zis-zas, toda la paja se convirtió en oro hilado. Pero la codicia del rey no tenía fin, y cuando comprobó que se habían cumplido sus órdenes, anunció: "Repetirás la hazaña una vez más, si lo consigues, te haré mi esposa." Pues pensaba que, a pesar de ser hija de un molinero, nunca encontraría mujer con dote mejor. Una noche más lloró la muchacha, y de nuevo apareció el grotesco enano: "¿Qué me darás a cambio de solucionar tu problema?" Preguntó, saltando, a la chica. "No tengo más joyas que ofrecerte," y pensando que esta vez estaba perdida, gimió desconsolada. "Bien, en ese caso, me darás tu primer hijo," demandó el enanillo. Aceptó la muchacha: "Quién sabe cómo irán las cosas en el futuro" – dijo para sus adentros-. Y como ya había ocurrido antes, la paja se iba convirtiendo en oro a medida que el extraño ser la hilaba. Cuando el rey entró en la habitación, sus ojos brillaron más aún que el oro que estaba contemplando, y convocó a sus súbditos para la celebración de los esponsales.

Vivieron ambos felices y al cabo de un año, tuvieron un precioso retoño. La ahora reina había olvidado el incidente con la rueca, la paja, el oro y el enano, y por eso se asustó enormemente cuando una noche apareció el duende saltarín reclamando su recompensa.

"Por favor, enano, por favor, ahora poseo riqueza, te daré todo lo que quieras. "¿Cómo puedes comparar el valor de una vida con algo material? Quiero a tu hijo," exigió el desaliñado enano. Pero tanto rogó y suplicó la mujer, que conmovió al enano: "Tienes tres días para averiguar cuál es mi nombre, si lo aciertas, dejaré que te quedes con el niño". Por más que pensó y se devanó los sesos la molinerita para buscar el nombre del enano, nunca acertaba la respuesta correcta.

Al tercer día, envió a sus exploradores a buscar nombres diferentes por todos los confines del mundo. De vuelta, uno de ellos contó la anécdota de un duende al que había visto saltar a la puerta de una pequeña cabaña cantando:

"Hoy tomo vino,
y mañana cerveza,
después al niño sin falta traerán.
Nunca, se rompan o no la cabeza,
el nombre Rumpelstiltskin adivinarán!"

Cuando volvió el enano la tercera noche, y preguntó su propio nombre a la reina, ésta le contestó: "¡Te llamas Rumpelstiltskin!"

"¡No puede ser!" gritó él, "¡no lo puedes saber! ¡Te lo ha dicho el diablo!" Y tanto y tan grande fue su enfado, que dio una patada en el suelo que le dejó la pierna enterrada hasta la mitad, y cuando intentó sacarla, el enano se partió por la mitad.

EL CUENTO DE LAS PERDICES



Un buen día, por casualidad, un hombre atrapó dos perdices junto a la valla que cercaba su campo. Las limpió con mucho cuidado y le encargó a su mujer, que era una gran cocinera, que asara las aves.

La mujer encendió el fuego y preparó el espetón, y su marido se fue a invitar al cura del pueblo a que degustara con él las perdices.

Las perdices ya estaban listas y el hombre todavía no había regresado. Su mujer sacó el espeto del fuego y cató un pedacito de piel crujiente, pues era muy tragona. Pensaba que era preferible tomar cuanto antes los bienes que Dios le daba que conservarlos. Aquel bocado le abrió el apetito y se puso a desmenuzar una de las perdices. Se comió un ala y luego la otra. Salió hasta el camino para ver si llegaba su marido y, al no avistar a nadie, volvió a toda prisa a casa y se terminó lo que quedaba de la perdiz. "Sería absurdo dejar un trocito después de haber empezado", pensó para sus adentros.

Pero quedaba otra perdiz. De buena gana se la comería también. Siempre podría decir que se las habían zampado los gatos. Volvió a asomarse al camino para ver si venía su marido, pero este seguía sin aparecer. Se le hacía la boca agua al pensar en la perdiz que se había quedado en el espeto. Se estremecía con solo imaginar que se la comía, aunque solo fuera un bocado. No pudo resistir la tentación y se comió el pescuezo. La mujer disfrutó de lo lindo. Se chupaba los dedos de lo bueno que estaba.

"¿Y ahora qué hago? -pensó- Si me lo como todo, ¿qué diré? Pero ¿cómo voy a dejar el resto? ¡Me apetece tanto! Bueno, pues que sea lo que Dios quiera: me la como entera"

Se acababa de terminar la segunda perdiz, cuando el marido llegó a casa.

-Y bien, mujer, ¿están asadas esas perdices?

-¡Ay, Señor! - gimió la mujer- Se las ha comido el gato.

-¿Que se las ha comido el gato? - gritó el marido, que se abalanzaba sobre la mujer dispuesto a arrancarle los ojos.

Ella, muy asustada, replicó: - ¡Es una broma! Una broma, te digo. Están ahí tapaditas y al calor-

-Eso es otra cosa- dijo el marido. Buena te la habría armado. Vamos, saca las copas de plata y el mejor mantel blanco. Lo pondremos en la hierba, bajo el emparrado.

- Llévate también el cuchillo – dijo la mujer – pero tienes que afilarlo antes en la piedra del patio.

El marido se quitó la capa y cogió inmediatamente el cuchillo. En ese momento apareció el cura, al que el marido había invitado a comer una de las perdices. Llegó y saludó a la mujer, y esta le dijo en voz baja:

-Marchaos, huid, no quiero que os suceda ninguna desgracia. Mi marido está ahí fuera afilando el cuchillo. ¡Dice que si os echa el guante os cortará las orejas!

-¿Qué dices? – exclamó el cura estupefacto -. Pero ¡si me acaba de invitar a que comparta con él dos perdices que ha cazado esta mañana!

-¡Por San Martín, si aquí no hay ni una ni media perdiz! Os ha engañado, solo busca vuestra desgracia.

-Es cierto - dijo el capellán – no veo ninguna perdiz.

Y, sin perder tiempo, el cura salió corriendo.

La mujer llamó a su marido a gritos.

- ¡Gabino, deprisa, ven!

- Pero, ¿qué ocurre?

- En seguida lo sabrás. El cura se ha llevado las perdices. ¡Corre o no le darás alcance!

El marido, furioso y sin soltar el cuchillo, echó a correr tras el capellán. Cuando lo vio, le gritó:

-¡No os las llevaréis así como así! ¡No os las comeréis calientes sin mí!

El cura se volvió y vio al hombre con el cuchillo en la mano. Pensó que era hombre muerto, y echó a correr todavía más deprisa. El marido continuó su persecución, a toda velocidad, pues estaba firmemente decidido a recuperar sus perdices. Pero no llegó a tiempo y el cura consiguió encerrarse en su casa.

Y así termina el cuento de las perdices en el que una mujer glotona se las ingenia para salir bien librada.

JUAN SIN MIEDO

Hermanos Grimm



Cuentan que en un pueblo de Castilla vivió hace muchos años un chico que no conocía el miedo: por eso le llamaban Juan sin Miedo.

El chico estaba desesperado porque todo el mundo hablaba del miedo y de lo desagradable que era y él nunca lo había experimentado. Un buen día en que estaba hablando a propósito del miedo con el sacristán, éste le dijo:

-Bueno, Juan. No te preocupes por tan poca cosa. Ven mañana a primera hora a la iglesia; hay un monaguillo enfermo y necesito que alguien toque las campanas para llamar a misa a los fieles. Es posible que al subir al campanario puedas llegar a saber lo que es el miedo.

Juan quedó muy agradecido al sacristán y le prometió que no faltaría. Al día siguiente iría puntualmente a la iglesia.

A la mañana siguiente, en efecto, tan pronto como despuntó el alba, Juan sin Miedo se levantó, se vistió y se fue a la iglesia. Se dirigió directamente hacia la escalera del campanario sin saludar a nadie, porque vio que iba algo justo de tiempo. Empezó a subir la escalera a toda prisa, pero de repente, entre las sombras, vio surgir ante él un bulto enorme que le impedía el paso:

-¡Hola, amigo! ¿Mucho madrugamos? -le dijo Juan- ¡Apártese un poco y déjeme que tengo prisa!

Pero el bulto ni se movió, ni respondió.

-¿Esas tenemos? ¿No quieres apartarte? ¡Pues toma! ¡Para que aprendas a tener educación y buenas palabras!

Y sin pensarlo ni un segundo el muchacho pegó tal puntapié al bulto, que éste salió rodando escaleras abajo haciendo un enorme ruido de loza rota.

Juan sin Miedo ni siquiera volvió la cabeza; siguió subiendo la escalera y a poco se encontró con un fantasma, o por lo menos tal parecía. Aquel esperpento medía casi dos metros e iba enteramente recubierto con una sábana blanca.

-¡Hola! ¡Conque aquí hay otro esperándome! –dijo Juan sin Miedo-. Oye, amigo, apártate pronto de aquí; llevo prisa y no estoy para perder el tiempo hablando aquí contigo.

El fantasma dio la callada por respuesta.

-¡Vaya! He topado con otro testarudo, al parecer. ¡Toma! ¡A ver si aprendes! –y le pegó un par de puntapiés tan bien dados que el fantasma y su sábana empezaron a caer por la escalera y no pararon hasta que estuvieron abajo del todo.

Juan sin Miedo siguió subiendo por la escalera del campanario; cuando llegó arriba vio que había alguien con la cara tapada, que se disponía a tocar la campana. Nuestro hombre se acercó y le dijo:

-Buen hombre, lo siento pero el que tiene que tocar la campana soy yo. Así me lo ha dicho el sacristán. Aquel misterioso personaje de la cara tapada no contestó nada.

-¡Bueno! ¡Ya está bien! Hoy entre unos y otros estoy viendo que va a empezar la misa sin que haya ningún fiel en la iglesia. Tengo que tocar las campanas ahora mismo, de manera que ya te estás apartando de ahí, si no quieres que de un empujón te envíe junto con todos los demás rodando por la escalera.

El enmascarado no contestó ni una palabra.

-¡Toma pues! Bien merecido lo tienes –y le pegó tal empujón que el desconocido empezó a bajar los escalones de cuatro en cuatro.

Entonces Juan sin Miedo comenzó a tocar las campanas con todas sus fuerzas. Al cabo de un rato, cuando ya empezaba a salir el sol, decidió bajar a la iglesia. En el primer rellano de la escalera se encontró con unos trozos de yeso, se agachó para verlos mejor y vio que eran pedazos de un santo viejo que antes había estado en el altar mayor. Siguió bajando la escalera, y al poco rato tropezó con un montón mayor. Siguió bajando más y más y al final se encontró con más pedazos de yeso de otro santo.

-¡Hola, Juan! –le dijo el sacristán en cuanto lo vio entrar en la sacristía-. ¿Qué tal te ha ido en el campanario?

-Muy bien, pero he estado a punto de no poder tocar las campanas a tiempo; me he encontrado con tres bultos en el camino que no me dejaban pasar y he tenido que subir la escalera propinando puntapiés a diestro y siniestro.

-¿Y no has tenido miedo?

-¿Miedo? No, ¿por qué iba a tenerlo? Al bajar, como ya había luz, he visto que dos de los bultos eran santos viejos y que el fantasma era una bala de paja recubierta con una sábana; se ve que alguien quería darme miedo; le agradezco su buena intención, pero es inútil: yo nunca sabré lo que es eso.

El muchacho suspiró desalentado.

El sacristán se rascó la cabeza muy pensativo y finalmente dijo:

-Chico, no sabes cuánto lo siento; después del trabajo que me he tomado...

La fama de Juan sin Miedo pronto fue más allá del pueblo y llegó hasta la capital. Enterado de las excepcionales cualidades de aquel muchacho, el rey quiso someterlo a prueba. Dio orden de que el muchacho fuera llevado a su presencia.

-¿Eres tú, Juan sin Miedo? –le preguntó el soberano.

-Sí, Majestad. Así me llaman por lo menos.

-¿Y es cierto eso que se cuenta de que nunca consigues saber lo que es el miedo?

-Así es, señor –dijo Juan suspirando- desearía saberlo, pero es inútil: yo nunca tengo miedo.

-Está bien, procuraré ayudarte. Hay un bosque no lejos de aquí, y en medio hay una fuente; deseo que vayas esta noche hasta esta fuente, cuando den las doce, y te ordeno que permanezcas allí toda la noche. Al día siguiente ven a decirme si has tenido miedo.

Juan sin Miedo hizo una profunda reverencia y salió de la sala del trono.

Todo el día lo pasó esperando que llegara la medianoche para ir a la fuente del bosque: anhelaba saber lo que era el miedo.

Cuando Juan empezó a oír las primeras campanadas de las doce salió de su casa y provisto de un buen garrote se encaminó hacia el bosquecillo del rey. Empezó a andar entre la maleza y de pronto tropezó con la fuente, en aquel momento salió la luna de detrás de unas nubes y Juan sin Miedo vio de pronto que se hallaba en medio de una rueda de ahorcados; doce árboles rodeaban la fuente y doce ahorcados colgaban de ellos.

-Vaya, no puede decirse que esté en muy buena compañía precisamente –exclamó el muchacho-. Doce buenas piezas debíais ser para que hayáis acabado de este modo. Por lo que veo no tenía necesidad de coger el garrote contra vosotros, gracias a Dios ya no lo necesito.

Y sin decir nada más, Juan sin Miedo sacó de su zurrón un pedazo de pan y chorizo y empezó a comer tranquilamente rodeado de los doce ahorcados, esperando que fuera de día para ir a ver al rey.

Tan pronto como amaneció, Juan sin Miedo cogió su zurrón y su garrote y a buen paso se encaminó hacia el palacio.

Nada más llegar, el rey lo hizo comparecer ante su presencia.

-¿Qué, muchacho, has estado en la fuente del bosque?

-Sí, majestad.

-¿Y has visto a los ahorcados? ¡Contesta, muchacho!

-Claro que sí, majestad. Eran todos feísimos.

-Supongo que habrás tenido miedo esta vez, ¿verdad?

-Pues no, majestad. Esto es lo malo, sólo he pasado frío, pero miedo todavía no sé lo que es.

El rey se quedó muy perplejo al oír aquello, se pasó la mano por la larga barba blanca y tras meditar unos momentos dijo:

-Muchacho, me parece que ya sé un sitio que puede convenirte. Irás al castillo encantado, pasarás la noche allí, y si al día siguiente aún estás vivo habrás desencantado el castillo y en premio te daré la mano de mi hija la princesa.

Juan sin Miedo se puso muy contento al oír aquello; sabía que la princesa era tan hermosa y buena como lista y estaba muy satisfecho de pensar que tal vez podría llegar a casarse con ella.

No dudó en aceptar.

Aquella noche, Juan sin Miedo, además del garrote y el zurrón, se llevó también su navaja. Entró en el castillo cuando empezaba a oscurecer y se pasó un par de horas dormitando sin que se oyera nada. Pero al dar las doce, de pronto, todo el castillo se iluminó, y abriéndose con gran estrépito una puerta entró por ella un hombre que andaba con la cabeza debajo del brazo.

-¡Toma!, ¿qué manera tan rara es esta de andar por el mundo? –le dijo Juan sin Miedo. -¿No te resultaría más cómodo llevar la cabeza encima de los hombros como los demás?

La aparición pasó rápidamente y Juan sin Miedo se dispuso a seguir durmiendo.

No había transcurrido aún media hora cuando empezaron a oírse unos terribles gemidos y ruidos de cadenas. Juan sin Miedo dijo:

-¿Quién va?

Pero nadie contestó. Sólo tres fantasmas ensangrentados y llenos de cadenas aparecieron en lo alto de la escalera agitando los hierros con un ruido espantoso.

-¡Ya está bien! –gritó Juan sin Miedo -, si vosotros no queréis dormir a mí igual me da, pero yo sí quiero hacerlo. ¡A ver si os calláis de una vez!

Los fantasmas, al oír aquella voz, desaparecieron rápidamente por donde habían venido.

Juan sin Miedo se estaba quedando dormido, cuando de repente vio ante sí a tres horribles gatos que empezaron a arañarle la cara.

-¡Arañazos a mí! –les gritó Juan sin Miedo -. Ahora veréis, jamás he visto desfachatez semejante. Y empezó a pegarles garrotazos con tal fuerza que en un instante tuvo tendidos a la fuerza a los tres.

Tan pronto como salió el sol, Juan sin Miedo se dirigió hacia el palacio. El rey, la princesa y toda la corte estaban esperándole ya. Cuando le vieron llegar ileso, todo el mundo se quedó mudo de asombro.

-¿Qué ha ocurrido en el castillo? –le preguntó el rey enseguida.

-Nada interesante, majestad. A media noche ha aparecido un tipo que llevaba la cabeza bajo el brazo; luego, tres fantasmas con las sábanas sucias de sangre han empezado a hacer ruido estúpidamente con las cadenas sin dejar dormir a nadie, y por último, tres gatos con gran desfachatez pretendían arañarme. Les he pegado unos buenos bastonazos a cada uno. Si vais al castillo todavía los veréis en el suelo. Los he dejado allí tendidos.

-Y... ¿has tenido miedo? –le preguntó el rey, sabiendo ya de antemano cuál iba a ser la respuesta.

-¡Oh no, majestad! ¿De qué iba a tenerlo?

El rey, la princesa y toda la corte, al oírle prorrumpieron en un ¡oh! de admiración. Inmediatamente el soberano decretó que dentro de ocho días iba a tener lugar la boda de la princesa y Juan sin Miedo. El rey consideraba que no había nadie en todo su reino más capacitado para sucederle cuando él muriera que aquel muchacho.

Juan sin Miedo era feliz; tenía todo cuanto un hombre pudiera desear: riquezas, honores y una bella esposa a quien quería entrañablemente. Sin embargo, a veces no podía por menos de lamentarse y decir:

-¡Ay, esposa!, no puedo quejarme de nada, nadie es más feliz en todo el reino que yo, pero una cosa me apena: no haber conseguido saber todavía lo que es el miedo. No me gusta saberme tan distinto a los demás mortales. No puedo ser feliz.

La princesa no dijo nada, pero urdió un plan; ya hemos dicho que era tan hermosa como lista.

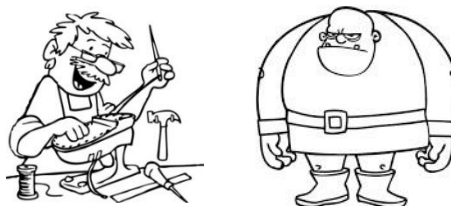
Al día siguiente, mientras su esposo aún estaba durmiendo, cogió un cubo repleto de agua y se lo echó por la cara:

-¡Ay, ay, qué miedo! –dijo entonces Juan, que hasta entonces había sido llamado sin Miedo.

Desde entonces, Juan fue feliz: ya sabía lo que era el miedo, ya era igual que los demás.

DON JUAN CHIRUGUETE

MATA OCHO Y ESPANTA SIETE



En un pueblecito de la provincia de Soria, vivía un pobre zapatero remendón que se pasaba el día arreglando zapatos sin ganar casi nada; para colmo, en verano, las moscas se acercaban al betún, lo ensuciaban todo y no le dejaban vivir. Un día de los que más calor hacía, el zapatero vio un montón de moscas encima de una caja de betún; furioso, les pegó un manotazo y del golpe mató a ocho y espantó a siete. Muy orgulloso de su hazaña escribió inmediatamente un rótulo y se lo plantó en el sombrero. El letrerito decía: “El valiente Juan Chiruguete mató a ocho y espantó a siete”. Tan satisfecho se quedó el hombre de su proeza que decidió cerrar la tienda e ir a correr mundo: consideraba que un hombre de sus posibilidades necesitaba buscar más amplios horizontes que los que un simple pueblecito soriano

podía ofrecerle. Al día siguiente, muy de mañana, cogió su hatillo, se puso el sombrero con el letrero en cuestión y se encaminó hacia la capital.

Tras mucho andar llegó al palacio del rey. Este en aquel momento estaba paseando por el jardín. Al ver pasar a aquel extraño personaje con semejante divisa en el sombrero no pudo por menos de echarse a reír y llamarle:

-¡Eh, buen hombre! ¿Es verdad esto que pone la divisa de tu sombrero? ¿Es cierto que mataste a ocho y espantaste a siete?

-Sí, majestad, así es.

- ¿Y te atreverías a matar a un terrible gigante que vive en un castillo cercano y que nos tiene a todos atemorizados?

- Señor, Juan Chiruguete es capaz de todo. La duda ofende. Yo no tengo miedo a nada, majestad.

- Perfectamente. ¿Qué te hace falta?

- Majestad, lo primero comer bien; lo segundo, diez reales, y lo tercero, saber si es cierto eso que he oído decir que quien mate al ogro se casará con la princesa, vuestra hija.

-Está bien, vamos por partes; primero te daré una buena comida, tal como me pides; después, te entregaré diez reales y en cuanto a lo que me preguntas sobre la princesa te diré que es verdad; así lo he decretado.

-Gracias, majestad. No necesito saber más. Mañana mismo iré a matar al gigante.

-¿Y cómo lo harás?

-Si os lo dijera ahora sabríais igual que yo. A su debido tiempo ya os lo explicaré. Perdonad.

El rey quedó un poco confuso con aquella respuesta, pero no quiso decirle nada a un hombre como aquel que era capaz de matar a ocho y espantar a siete. Prefirió callar.

Al día siguiente, Juan Chiruguete se fue al pueblo y con los diez reales compró una cuerda, un pájaro, un huevo y un morral. Todo el mundo estaba extrañado viéndole hacer aquellas compras, pero nadie decía nada.

Juan Chiruguete, cuando ya tuvo lo que deseaba, con gran calma se dirigió hacia el castillo de su enemigo el gigante.

El ogro, cuando lo vio acercarse al castillo con tan extraña divisa en el sombrero, se echó a reír:

-Ven aquí, mosquito, y verás cómo te como yo de un solo bocado.

-No seas tan jactancioso, señor gigante, eso hemos de verlo. Si se cree tan listo, ¿por qué no acepta una apuesta? Si le parece vamos a ver quién tira una piedra más lejos.

-Está bien, renacuajo, como quieras. Ahora verás.

El gigante cogió un pedrusco y lo tiró con todas sus fuerzas; pero mientras, Juan Chiruguete sacó el pajarillo y lo echó a volar; el ogro se quedó con la boca abierta viendo como lo que él creía una piedra se perdía en lontananza.

-Está bien, ratón; esta vez me has ganado. Pero hagamos otra apuesta. Vamos a ver quién es capaz de sacar agua de una piedra.

El gigante cogió una piedra y la apretó tanto que hasta sacó jugo. Juan Chiruguete disimuladamente sacó el huevo del morral y lo apretó con fuerza. Naturalmente, la clara del huevo resultó mucho más abundante que las cuatro gotas de agua que había sacado el gigante. Éste pataleó furioso y dijo con voz irritada:

-Pues ahora, toma; aquí hay esos dos calderos de gachas. Vamos a ver quién como más.

El ogro parecía un elefante comiendo gachas, pero Juan Chiruguete todavía iba más aprisa que él; en lugar de comerlas las iba echando todas en el morral.

El gigante por fin ya no pudo más. estaba harto.

-Bueno -dijo hecho una furia-. Vamos a lo último: ¿a ver quién corre más?

-Está bien -repuso Juan Chiruguete -pero en mi pueblo al pequeño le dan ventaja y le dejan correr primero.

-De acuerdo, te daré cien metros de ventaja. ¡Vamos a correr!

Juan Chiruguete empezó a correr tanto como pudo; por el camino iba tirando todas las gachas que llevaba en el morral; luego, cuando ya las hubo tirado todas se escondió detrás de unas rocas. El gigante corría tras él y al ver las gachas en el suelo dijo:

-Ah, pillastre, conque te has abierto la panza para sacar las gachas y así poder correr más aprisa. Ahora verás, yo haré lo mismo.

Y el muy tonto sacó su cuchillo de caza y se abrió la panza de arriba abajo. Claro está, en menos de cinco minutos había muerto.

Salió entonces Juan Chiruguete de su escondite, ató al gigante con la cuerda que llevaba, y dejando al ogro tendido y muerto en el suelo, alegremente se encaminó al palacio.

Nada más llegar fue introducido en la sala del trono y Su majestad le preguntó:

-Juan Chiruguete, ¿has matado al ogro?

-Sí, majestad; en medio del bosque está, atado y con las tripas al aire.

El asombro de toda la corte fue extraordinario al oír aquellas palabras. Inmediatamente fueron enviados mensajeros a comprobar el hecho. Éstos dijeron que, efectivamente, era verdad todo lo que había dicho Juan Chiruguete, que mató a ocho y espantó a siete.

El rey, muy contento, entonces casó a su hija la princesa con Juan Chiruguete y, según dicen, fueron muy felices. Y colorín colorado este cuento se ha acabado. Espero que os haya gustado.

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

de Hans Christian Andersen



Hace muchos años había un Emperador tan aficionado a los trajes nuevos, que gastaba todas sus rentas en vestir con la máxima elegancia.

No se interesaba por sus soldados ni por el teatro, ni le gustaba salir de paseo por el campo, a menos que fuera para lucir sus trajes nuevos. Tenía un vestido distinto para cada hora del día, y de la misma manera que se dice de un rey: “Está en el Consejo”, de nuestro hombre se decía: “El Emperador está en el vestuario”.

La ciudad en que vivía el Emperador era muy alegre y bulliciosa. Todos los días llegaban a ella muchísimos extranjeros, y una vez se presentaron dos truhanes que se hacían pasar por tejedores, asegurando que sabían tejer las más maravillosas telas. No solamente los colores y los dibujos eran hermosísimos, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para su cargo o que fuera irremediablemente estúpida.

-¡Deben ser vestidos magníficos! -pensó el Emperador-. Si los tuviese, podría averiguar qué funcionarios del reino son ineptos para el cargo que ocupan. Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos. Nada, que se pongan enseguida a tejer la tela-. Y mandó abonar a los dos pícaros un buen adelanto en metálico, para que pusieran manos a la obra cuanto antes.

Ellos montaron un telar y simulaban que trabajaban; pero no tenían nada en la máquina. A pesar de ello, se hicieron suministrar las sedas más finas y el oro de mejor calidad, que se embolsaron bonitamente, mientras seguían haciendo como que trabajaban en los telares vacíos hasta muy entrada la noche.

«Me gustaría saber si avanzan con la tela»-, pensó el Emperador. Pero había una cuestión que lo tenía un tanto cohibido, a saber, que un hombre que fuera estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que temiera por sí mismo; sobre este punto estaba tranquilo; pero, por si acaso, prefería enviar primero a otro, para cerciorarse de cómo andaban las cosas. Todos los habitantes de la ciudad estaban informados de la particular virtud de aquella tela, y todos estaban impacientes por ver hasta qué punto su vecino era estúpido o incapaz.

«Enviaré a mi viejo ministro a que visite a los tejedores -pensó el Emperador-. Es un hombre honrado y el más indicado para juzgar de las cualidades de la tela, pues tiene talento, y no hay quien desempeñe el cargo como él».

El viejo y digno ministro se presentó, pues, en la sala ocupada por los dos embaucadores, los cuales seguían trabajando en los telares vacíos. «¡Dios nos ampare! -pensó el ministro para sus adentros, abriendo unos ojos como naranjas-. ¡Pero si no veo nada!». Sin embargo, no soltó palabra.

Los dos fulleros le rogaron que se acercase y le preguntaron si no encontraba magníficos el color y el dibujo. Le señalaban el telar vacío, y el pobre hombre seguía con los ojos desencajados, pero sin ver nada, puesto que nada había. «¡Dios santo! -pensó-. ¿Seré tonto acaso? Jamás lo hubiera creído, y nadie tiene que saberlo. ¿Es posible que sea inútil para el cargo? No, desde luego no puedo decir que no he visto la tela».

-¿Qué? ¿No dice Vuecencia nada del tejido? -preguntó uno de los tejedores.

-¡Oh, precioso, maravilloso! -respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes-. ¡Qué dibujo y qué colores! Desde luego, diré al Emperador que me ha gustado extraordinariamente.

-Nos da una buena alegría -respondieron los dos tejedores, dándole los nombres de los colores y describiéndole el raro dibujo. El viejo tuvo buen cuidado de quedarse las explicaciones en la memoria para poder repetir las al Emperador; y así lo hizo.

Los estafadores pidieron entonces más dinero, seda y oro, ya que lo necesitaban para seguir tejiendo. Todo fue a parar a sus bolsillos, pues ni una hebra se empleó en el telar, y ellos continuaron, como antes, trabajando en las máquinas vacías.

Poco después el Emperador envió a otro funcionario de su confianza a inspeccionar el estado de la tela e informarse de si quedaría pronto lista. Al segundo le ocurrió lo que al primero; miró y miró, pero como en el telar no había nada, nada pudo ver.

-¿Verdad que es una tela bonita? -preguntaron los dos tramposos, señalando y explicando el precioso dibujo que no existía.

«Yo no soy tonto -pensó el hombre-, y el empleo que tengo no lo suelto. Sería muy fastidioso. Es preciso que nadie se dé cuenta». Y se deshizo en alabanzas de la tela que no veía, y ponderó su entusiasmo por aquellos hermosos colores y aquel soberbio dibujo.

-¡Es digno de admiración! -dijo al Emperador.

Todos los moradores de la capital hablaban de la magnífica tela, tanto, que el Emperador quiso verla con sus propios ojos antes de que la sacasen del telar. Seguido de una multitud de personajes escogidos, entre los cuales figuraban los dos probos funcionarios de marras, se encaminó a la casa donde paraban los pícaros, los cuales continuaban tejiendo con todas sus fuerzas, aunque sin hebras ni hilados.

-¿Verdad que es admirable? -preguntaron los dos honrados dignatarios-. Fíjese Vuestra Majestad en estos colores y estos dibujos -y señalaban el telar vacío, creyendo que los demás veían la tela.

«¡Cómo! -pensó el Emperador-. ¡Yo no veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré tan tonto? ¿Acaso no sirvo para emperador? Sería espantoso».

-¡Oh, sí, es muy bonita! -dijo-. Me gusta, la apruebo-. Y con un gesto de agrado miraba el telar vacío; no quería confesar que no veía nada.

Todos los componentes de su séquito miraban y remiraban, pero ninguno sacaba nada en limpio; no obstante, todo era exclamar, como el Emperador: -¡oh, qué bonito!-, y le aconsejaron que estrenase los vestidos confeccionados con aquella tela en la procesión que debía celebrarse próximamente. -¡Es preciosa, elegantísima, estupenda!- corría de boca en boca, y todo el mundo parecía extasiado con ella.

El Emperador concedió una condecoración a cada uno de los dos bribones para que se las prendieran en el ojal, y los nombró tejedores imperiales.

Durante toda la noche que precedió al día de la fiesta, los dos embaucadores estuvieron levantados, con dieciséis lámparas encendidas, para que la gente viese que trabajaban activamente en la confección de los nuevos vestidos del Soberano. Simularon quitar la tela del telar, cortarla con grandes tijeras y coserla con agujas sin hebra; finalmente, dijeron: -¡Por fin, el vestido está listo!

Llegó el Emperador en compañía de sus caballeros principales, y los dos truhanes, levantando los brazos como si sostuviesen algo, dijeron:

-Esto son los pantalones. Ahí está la casaca. -Aquí tienen el manto... Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; uno creería no llevar nada sobre el cuerpo, mas precisamente esto es lo bueno de la tela.

-¡Sí! -asintieron todos los cortesanos, a pesar de que no veían nada, pues nada había.

-¿Quiere dignarse Vuestra Majestad quitarse el traje que lleva -dijeron los dos bribones- para que podamos vestirle el nuevo delante del espejo?

Se quitó el Emperador sus prendas, y los dos simulaban ponerle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes. Y cogiendo al Emperador por la cintura, hicieron como si le atasen algo, la cola seguramente; y el Monarca todo era dar vueltas ante el espejo.

-¡Dios, y qué bien le sienta, le va estupendamente! -exclamaban todos-. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

-El palio bajo el cual irá Vuestra Majestad durante la procesión, aguarda ya en la calle – anunció el maestro de Ceremonias.

-Muy bien, estoy a punto -dijo el Emperador-. ¿Verdad que me sienta bien? – y se volvió una vez más de cara al espejo, para que todos creyeran que veía el vestido.

Los ayudas de cámara encargados de sostener la cola bajaron las manos al suelo como para levantarla, y avanzaron con ademán de sostener algo en el aire; por nada del mundo hubieran confesado que no veían nada. Y de este modo echó a andar el Emperador bajo el magnífico palio, mientras el gentío, desde la calle y las ventanas, decía:

-¡Qué preciosos son los vestidos nuevos del Emperador! ¡Qué magnífica cola! ¡Qué hermoso es todo!

Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por estúpido. Ningún traje del Monarca había tenido tanto éxito como aquél.

-¡Pero si no lleva nada! -exclamó de pronto un niño.

-¡Dios bendito, escuchen la voz de la inocencia! -dijo su padre; y todo el mundo se fue repitiendo al oído lo que acababa de decir el pequeño.

-¡No lleva nada; es un chiquillo el que dice que no lleva nada!

-¡Pero si no lleva nada! -gritó, al fin, el pueblo entero.

Aquello inquietó al Emperador, pues barruntaba que el pueblo tenía razón; mas pensó: «Hay que aguantar hasta el fin». Y siguió más altivo que antes; y los ayudas de cámara continuaron sosteniendo la inexistente cola.

FRAGMENTOS DE NOVELAS

DE UN GALLO DE VELETA QUE CAZÓ UNOS

LAGARTOS Y LO QUE CON ELLOS HIZO UN NIÑO,



Fragmento perteneciente a la novela *Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio

El gallo de la veleta, recortado en una chapa de hierro que se cantea al viento sin moverse y que tiene un ojo solo que se ve por las dos partes, pero es un solo ojo, se bajó una noche de la casa y se fue a las piedras a cazar lagartos. Hacía luna, y a picotazos de hierro los mataba. Los colgó al tresbolillo en la blanca pared de levante que no tiene ventanas, prendidos de muchos clavos. Los más grandes puso arriba y cuanto más chicos, más abajo. Cuando los lagartos estaban frescos todavía, pasaban vergüenza, aunque muertos, porque no se les había aún secado la glandulita que segrega el rubor, que en los lagartos se llama «amarillor», pues tienen una vergüenza amarilla y fría.

Pero andando el tiempo se fueron secando al sol, y se pusieron de un color negruzco, y se encogió su piel y se arrugó. La cola se les dobló hacia el mediodía, porque esa parte se había encogido al sol más que la del septentrión, adonde no va nunca. Y así vinieron a quedar los lagartos con la postura de los alacranes, todos hacia una misma parte, y ya, como habían perdido los colores y la tersura de la piel, no pasaban vergüenza.

Y andando más tiempo todavía, vino el de la lluvia, que se puso a flagelar la pared donde ellos estaban colgados, y los empapaba bien y desteñía de sus pieles un zumillo, como de herrumbre verdinegra, que colaba en reguero por la pared hasta la tierra. Un niño puso un bote al pie de cada reguerillo, y al cabo de las lluvias había llenado los botes de aquel zumo y lo juntó todo en una palangana para ponerlo seco. Ya los lagartos habían desteñado todo lo suyo, y cuando volvieron los días de sol tan sólo se veían en la pared unos esqueletitos blancos, con la película fina y transparente, como las camisas de las culebras y que apenas destacaban del encalado.

Pero el niño era más hermano de los lagartos que del gallo de la veleta, y un día que no hacía viento y el gallo no podía defenderse, subió al tejado y lo arrancó de allí y lo echó a la fragua, y empezó a mover el fuelle. El gallo chirriaba en los tizones como si hiciera viento y se fue poniendo rojo, amarillo, blanco. Cuando notó que empezaba a reblandecerse, se dobló y se abrazó con las fuerzas que le quedaban a un carbón grande, para no perderse del todo. El niño paró el fuelle y echó un cubo de agua sobre el fuego, que se apagó resoplando como un gato, y el gallo de veleta quedó asido para siempre al trozo de carbón.

Volvió el niño a su palangana y vio cómo había quedado en el fondo un poso pardo, como un barrillo fino. A los días, toda el agua se había ido por el calor que hacía y quedó tan sólo polvo. El niño lo desgranó y puso el montoncito sobre un pañuelo blanco para verle el color. Y vio que el polvillo estaba hecho de cuatro colores: negro, verde, azul y

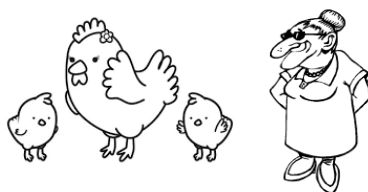
oro. Luego cogió una seda y pasó el oro, que era lo más fino; en una tela de lino pasó el azul, en un harnero el verde y quedó el negro.

De los cuatro polvillos usó el primero, que era el de oro, para dorar picaportes; con el segundo, que era azul, se hizo un relojito de arena; el tercero, que era el verde, lo dio a su madre para teñir visillos, y con el negro, tinta, para aprender a escribir.

La madre se puso muy contenta al ver las industrias de su hijo, y en premio lo mandó a la escuela. Todos los compañeros le envidiaban allí la tinta por lo brillante y lo bonita que era, porque daba un tono sepia como no se había visto. Pero el niño aprendió un alfabeto raro que nadie le entendía, y tuvo que irse de la escuela porque el maestro decía que daba mal ejemplo.

Su madre lo encerró en un cuarto con una pluma, un tintero y un papel, y le dijo que no saldría de allí hasta que no escribiera como los demás. Pero el niño, cuando se veía solo, sacaba el tintero y se ponía a escribir en su extraño alfabeto, en un rasgón de camisa blanca que había encontrado colgado de un árbol.

LA ABUELA DE ALFANHUÍ



Fragmento perteneciente a la novela *Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio

La abuela de Alfanhuí incubaba pollos en su regazo. Le solía venir una fiebre que le duraba veintiún días. Se sentaba en la mecedora y cubría los huevos con sus manos. De vez en cuando les daba la vuelta y no se movía en la mecedora, ni el día ni la noche, hasta que los empollaba y salían. Entonces se le acababa la fiebre y le entraba un frío terrible y se metía en la cama. Poco a poco, el frío se le iba pasando y volvía a levantarse otra vez y se sentaba al brasero. Aquella fiebre le entraba diez veces al año. Cuando venía la primavera, todos los niños le llevaban los huevos que encontraban por el campo. La abuela solía enfadarse porque le parecía poco serio aquello de incubar pájaros entre los huevos de gallina. Pero niños y niñas venían con huevos pintos y huevos azules y huevos tostados y huevos verdes y huevos rosa. "Éste, para ver de qué pájaro es"; "éstos porque quiero criar dos tórtolas", "éste porque la madre lo ha aborrecido"; "éstos, porque estaban en mi tejado"; "éstos, porque quiero ver qué bicho sale"; "éste porque quiero tener un pajarito"; el caso es que sobre los quince huevos de gallina o de pato que solía incubar la abuela, se le juntaban a veces hasta cincuenta de aquellos huevos primaverales y multicolores sobre su negro regazo:

-¡Engorros, engorros! eso es lo que traéis. Gritaba la abuela.

Pero el revuelo de verdad se formaba a los veintiún días. A las once de la mañana, la escalera y el descansillo se llenaban de niños y de niñas que esperaban a que la abuela abriera la puerta y diera sus pájaros a cada cual. La abuela se hacía esperar mucho y los niños jugaban y gritaban por el patio y por la escalera. Y había falsas alarmas cada vez que oían a la abuela moverse dentro del cuarto. "¡Ya abre!, ¡ya abre!", y la espera no se acababa nunca. Por fin, hacia mediodía, la abuela abría la puerta. Todos se apiñaban en la entrada y se pegaban por ponerse los primeros. La abuela se acordaba del huevo de cada cual y no se equivocaba nunca. Los niños se quedaban en el dintel y la abuela empezaba a entregar los

pájaros: "Aquí tienes tus tórtolas", "el tuyo era el cuculillo"; "el tuyo de tordo"; "el tuyo de vencejo"; "el tuyo de pardal"; "del tuyo han salido culebras", y el niño ponía las manos y se llevaba cinco culebritas negras. Porque, ¡ay del que no estuviera conforme con lo que salía!, había que llevarse lo que fuera. No había cosa que indignara tanto a la abuela como los caprichos:

-¿Te da asco de cogerlas?, pues te aguantas, que yo las he tenido veintiún días dándoles de mi calor. Y seguía: "los tuyos, de zorzal"; "el tuyo, de jilguero"; "en el tuyo, lagartos". Pronto se formaba allí con lo que había recibido cada cual, como una bolsa para intercambio. Y si uno quería alondra y no le había salido, buscaba a uno que la tuviera y le proponía el cambio. Y se armaban riñas y revuelos. Y la abuela se volvía a enfadar y les gritaba:

-Bueno, aquí no me arméis cambalaches. ¡Hala a la plaza!

Pero era inútil. "El tuyo no tenía nada, estaba huero", le decía a lo mejor a una niña con un gran lazo blanco en la cabeza, y la niña se iba llorando desconsolada, con su cestito vacío. Pero la abuela no se enternecía. Al terminar, volvía a enfadarse; después de haberlos incubado veintiún días con tanta paciencia, la abuela se indignaba:

-¡Y no volváis más! ¡Nunca más! ¡Todos los años con la misma historia!, y luego no os acordáis nunca de la abuela, ni la traéis un mal dulce, ni la venía a ver. ¡Fuera, fuera! ¡El año que viene ya veréis!

Pero "el año que viene" por primavera, la abuela estaba muy alegre de estar viva todavía. Y se repetía la misma historia.

IX. DE UNOS HOMBRES QUE HABÍA EN EL PAJAR

Fragmento perteneciente a la novela *Alfanhuí*,

de Rafael Sánchez Ferlosio



Cuando despertó Alfanhuí era ya noche. Todavía no había subido la luna al tragaluz y todo estaba muy oscuro. Alfanhuí miró a su alrededor y vio en el suelo, junto a la pared, una rendijita de luz tenue y dorada. Era la puerta del pajar, que no había visto antes. Venía de allí un levísimo bisbiseo.

Alfanhuí se levantó calladamente de la silla y abrió la puertecita. El pajar era una troje alargada, llena de paja que llegaba hasta el techo y apenas dejaba un pasillo estrecho entre medias de los dos montones. Al fondo se veía, en el ángulo de las dos vertientes del tejado, un ventanuco, por el que entraban y salían murciélagos. Pero la luz estaba en el suelo. Venía de un farolito de cuatro cristales que brillaba, muy dorado, contra la paja.

Había dos hombres junto al farol, sentados en el suelo, inclinados sobre un pañuelo blanco, como si jugaran a las cartas. Alfanhuí se quedó un rato junto a la puerta viendo todo aquello. Los hombres hablaban por lo bajo y parecía que estaban contando dinero. Alfanhuí avanzó por el pasillo y se paró junto a ellos. Eran dos hombres muy oscuros y sin afeitar. El uno tenía una boina raída y el otro un sombrero negro con la copa de fieltro blando, cónica y puntiaguda. Tenían sobre el pañuelo unas monedas de oro y otras en sus manos y otras sacaban de los bolsillos. Iban echando las monedas sobre el pañuelo y uno de ellos decía los números: «Ciento veintitrés, ciento veinticuatro...»

Cuando Alfanhuí llegó a ellos, el del sombrero le dijo casi sin levantar la cabeza: —Vete de aquí; tú no nos tienes que ver. Y siguió contando. Alfanhuí dijo:

—¿Quiénes sois vosotros?

—Vete de aquí; no nos tienes que ver.

—Soy amigo.

—Si eres amigo, vete; nadie debe vernos porque somos ladrones.

—También soy amigo de los ladrones.

—Ni siquiera los amigos deben ver a los ladrones cuando están en su guarida.

—Contadme lo que hacéis; no se lo diré a nadie.

—Somos ladrones de trigo; contamos monedas de oro; siempre estamos contando; hace muchos años que no robamos; hace muchos años que no salimos de aquí; ésta es nuestra guarida.

—Si sois ladrones de trigo, ¿por qué contáis monedas de oro?

—El trigo se cambia por el oro y el oro por el trigo.

—¿Y por qué estáis aquí?

—Nos gusta mucho este sitio porque hay paja, y la paja también es como el oro y el trigo; de día paramos de contar, y dormimos en ella.

—¿Por qué ya no robáis más?

—Ya tenemos bastante; robamos esto cuando éramos jóvenes y ya no queremos más y lo contamos todas las noches.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo «El Bato» y soy el capitán; este se llama «Faulo» y es mudo, pero oye desde lejos y ve por la noche, como las lechuzas. Además sabe doblar los silbidos y les hace dar la vuelta a las esquinas para que se oigan desde la otra calle.

—¿Y cuántas monedas tenéis?

—Son impares, y la que sobra es mía porque soy el capitán. «Faulo» me tiene envidia por eso, pero me obedece.

«El Bato» hizo un sitio para Alfanhuí en la capa negra sobre la cual estaba sentado y dijo:

—Siéntate aquí.

Alfanhuí se sentó y miró a «Faulo». Tenía los ojos vivos y pequeñitos que parecía que silbaba con ellos. Los movía traviesamente de una parte a otra. El capitán tenía una expresión grave y la cara larga y chupada. Tenía la mirada furtiva y volvía de vez en cuando los ojos al soslayo, como atento a alguna cosa invisible. Un murciélago chocó contra una viga y cayó sobre el pañuelo. «Faulo», con un movimiento rapidísimo, pasó la mano por debajo del murciélago y se guardó una moneda de oro. «El Bato» le dijo:

—Faulo, devuélveme la moneda.

Este la sacó del bolsillo y se la dio. «El Bato» se volvió hacia Alfanhuí:

—Todas las noches me la roba, pero yo siempre me doy cuenta. Luego me la devuelve y se ríe.

Los dos ladrones siguieron contando las monedas durante un largo rato silencioso, en el que tan sólo se oían los números en voz baja y el revoloteo de los murciélagos, que bajaban a veces hasta el farol. Luego vino la hora de los ratones. Alfanhuí vio un ratoncito que se acercaba hasta la luz y se quedaba parado mirando a «El Bato» y a «Faulo», y extrañando su presencia. Luego fueron viniendo más, uno a uno, y llegaban hasta cerca de ellos y se quedaban parados, detrás del primero, que era como el rey porque ninguno se ponía a su altura. «El Bato» dijo:

—Están recelosos porque has venido tú. Alfanhuí se apartó y los ratones se acercaron un poco más, hasta los mismos pies de «El Bato». Luego el rey se le subió a una de las rodillas y el capitán sacó unos granos de trigo de los dobleces de su pantalón y se los dio a comer en su mano. Cuando el rey hubo terminado, «El Bato» echó más granos de trigo por el suelo para los otros ratones, que se pusieron a roer muy tranquilamente. «Faulo» hacía otro tanto con otro grupito de ratones que había ido hacia él. Habría unos treinta en total. Cuando terminaron de comer se desparramaron por el pajar y volvieron a sus agujeros.

Los dos ladrones reemprendieron su cuenta y Alfanhuí los miraba silencioso. Por fin, se levantó y les dijo:

—Amigos, yo me voy ya.

«El Bato» lo miró de arriba a abajo y sonrió:

—¿Eres amigo de los ladrones? También los ladrones son amigos tuyos. ¿Cómo te llamas?

—Alfanhuí

.—Adiós, Alfanhuí.

—Adiós.

Alfanhuí volvió la espalda y anduvo hacia la puertecita. Cuando iba a abrir, oyó que «El Bato» le llamaba de nuevo:

—Espera. Vuelve aquí.

Alfanhuí volvió hacia ellos y el capitán le tendió una moneda de oro:

—Toma; así serán pares.

Alfanhuí cogió la moneda y dio las gracias. Luego se marchó hacia la puerta y salió del pajar. Entraba la luna por el tragaluz y brillaba en la silla de cerezo, en las cerezas y en sus hojitas. Alfanhuí bajó por la escalera de caracol y buscó a su maestro para cenar. La campana dio las diez de la noche.



SANCHA

Fragmento perteneciente al capítulo I de la novela *Cañas y barro*, 1902.

Vicente Blasco Ibáñez (España, 1867-1928)

El bosque parecía alejarse hacia el mar, dejando entre él y la Albufera una extensa llanura baja cubierta de vegetación bravía, rasgada a trechos por la tersa lámina de pequeñas lagunas. Era el llano de Sancha. Un rebaño de cabras guardado por un muchacho pastaba entre las malezas, y a su vista surgió en la memoria de los hijos de la Albufera la tradición que daba su nombre al llano.

Los de tierra adentro que volvían a sus casas después de ganar los grandes jornales de la siega preguntaban quién era la tal Sancha que las mujeres nombraban con cierto terror, y los del lago contaban al forastero más próximo la sencilla leyenda que todos aprendían desde pequeños. Un pastorcillo como el que ahora caminaba por la orilla apacentaba en otros tiempos sus cabras en el mismo llano. Pero esto era muchos años antes, ¡muchos...!, tantos, que ninguno de los viejos que aún vivían en la Albufera conoció al pastor: ni el mismo tío Paloma. El muchacho vivía como un salvaje en la soledad, y los barqueros que pescaban en el lago le oían gritar desde muy lejos, en las mañanas de calma:

-¡Sancha! ¡Sancha...!

Sancha era una serpiente pequeña, la única amiga que le acompañaba. El mal bicho acudía a los gritos, y el pastor, ordeñando sus mejores cabras, la ofrecía un cuenco de leche. Después, en las horas de sol, el muchacho se fabricaba un caramillo cortando cañas en los carrizales y soplab dulcemente, teniendo a sus pies al reptil, que enderezaba parte de su cuerpo y lo contraía como si quisiera danzar al compás de los suaves silbidos. Otras veces, el pastor se entretenía deshaciendo los anillos de Sancha, extendiéndola en línea recta sobre la arena, regocijándose al ver con qué nervioso impulso

volvía a enroscarse. Cuando, cansado de estos juegos, llevaba su rebaño al otro extremo de la gran llanura, seguía la serpiente como un gozquecillo, o enroscándose a sus piernas le llegaba hasta el cuello, permaneciendo allí caída y como muerta, con sus ojos de diamante fijos en los del pastor, erizándole el vello de la cara con el silbido de su boca triangular.

Las gentes de la Albufera le tenían por brujo, y más de una mujer de las que robaban leña en la Dehesa, al verle llegar con la Sancha en el cuello hacía la señal de la cruz como si se presentase el demonio. Así comprendían todos cómo el pastor podía dormir en la selva sin miedo a los grandes reptiles que pululaban en la maleza. Sancha, que debía ser el diablo, le guardaba de todo peligro.

La serpiente crecía y el pastor era ya un hombre, cuando los habitantes de la Albufera no le vieron más. Se supo que era soldado y andaba peleando en las guerras de Italia. Ningún otro rebaño volvió a pastar en la salvaje llanura. Los pescadores, al bajar a tierra, no gustaban de aventurarse entre los altos juncos que cubrían las pestíferas lagunas. Sancha, falta de la leche con que la regalaba el pastor, debía perseguir los innumerables conejos de la Dehesa.

Transcurrieron ocho o diez años, y un día los habitantes del Saler vieron llegar por el camino de Valencia, apoyado en un palo y con la mochila a la espalda, un soldado, un granadero enjuto y cetrino, con las negras polainas hasta encima de las rodillas, casaca blanca con bombas de paño rojo y una gorra en forma de mitra sobre el peinado en trenza.

Sus grandes bigotes no le impidieron ser reconocido. Era el pastor, que volvía deseoso de ver la tierra de su infancia. Empezó el camino de la selva costeando el lago, y llegó a la llanura pantanosa donde en otros tiempos guardaba sus reses. Nadie. Las libélulas movían sus alas sobre los altos juncos con suave zumbido, y en las charcas ocultas bajo los matorrales chapoteaban los sapos, asustados por la proximidad del granadero.

-¡Sancha! ¡Sancha! -llamó suavemente el antiguo pastor.

Silencio absoluto. Hasta él llegaba la soñolienta canción de un barquero invisible que pescaba en el centro del lago.

-¡Sancha! ¡Sancha! volvió a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando hubo repetido su llamamiento muchas veces, vio que las altas hierbas se agitaban y oyó un estrépito de cañas tronchadas, como si se arrastrase un cuerpo pesado. Entre los juncos brillaron dos ojos a la altura de los suyos y avanzó una cabeza achatada moviendo la lengua de horquilla, con un bufido tétrico que pareció helarle la sangre, paralizar su vida. Era Sancha, pero enorme, soberbia, levantándose a la altura de un hombre, arrastrando su cola entre la maleza hasta perderse de vista, con la piel multicolor y el cuerpo grueso como el tronco de un pino.

-¡Sancha! -gritó el soldado, retrocediendo a impulsos del miedo-. ¡Cómo has crecido...! ¡Qué grande eres!

E intentó huir. Pero la antigua amiga, pasado el primer asombro, pareció reconocerle y se enroscó en torno de sus hombros, estrechándolo con un anillo de su piel rugosa sacudida por nerviosos estremecimientos. El soldado forcejeó.

-¡Suelta, Sancha, suelta! No me abras. Eres demasiado grande para estos juegos. Otro anillo oprimió sus brazos, agarrotándolos. La boca del reptil le acariciaba como en otros tiempos; su aliento le agitaba el bigote, causándole un escalofrío angustioso, y mientras tanto los anillos se contraían, se estrechaban, hasta que el soldado, asfixiado, crujándole los huesos, cayó al suelo envuelto en el rollo de pintados anillos.

A los pocos días, unos pescadores encontraron su cadáver: una masa informe, con los huesos quebrantados y la carne amoratada por el irresistible apretón de Sancha. Así murió el pastor, víctima de un abrazo de su antigua amiga.

MITOS



ARACNE

Aracne era una de las mejores tejedoras de toda Grecia, sus bordados eran tan maravillosos que la gente comentaba que sus habilidades le habían sido concedidas por Atenea, diosa de la sabiduría y patrona de los artesanos.

Pero Aracne tenía un gran defecto, era una muchacha muy vanidosa y decía, continuamente, que era la mejor tejedora.

Un día, la orgullosa Aracne no pudo aguantar más los comentarios de sus vecinos y llegó a compararse con Atenea. Se pasaba el día lanzando desafíos a la diosa e invitándola a participar en un concurso para ver cuál de las dos tejía mejor.

La diosa Atenea quiso darle una lección a Aracne y bajó desde el Olimpo a la Tierra para aceptar su reto.

Comenzó el concurso, Aracne y Atenea estuvieron tejiendo durante todo un día. Atenea representó a los dioses en todo su esplendor. Por el contrario, la tela de la orgullosa Aracne mostraba a los dioses como locos y borrachos.

Cuando Atenea vio que el trabajo de Aracne insultaba a los dioses, no pudo aguantar más, se enfadó mucho y rajó la tela.

Aracne se dio cuenta de que había ofendido gravemente a los dioses, sintió mucho miedo, salió corriendo e intentó suicidarse colgándose de una viga del techo. La diosa Atenea se apiadó de ella y le salvó la vida; pero para castigarla, la convirtió en araña y la condenó a tejer para el resto de los tiempos.



PYRENE Y HÉRCULES

Existen varias versiones fantásticas que explican la formación de los Pirineos. Según una de las versiones, Gerión, un gigantesco pastor de tres cabezas, se enamoró de la hermosa Pyrene, hija de Túbal, el mitológico nieto de Noé, y decidió hacerla su esposa. Ante la negativa de Pyrene, Gerión luchó contra su padre y le venció. Pyrene huyó y se escondió en una cueva. Gerión, enloquecido, la buscó y como no la encontró decidió quemar todos los montes. Hércules, que pasaba por la zona realizando los famosos trabajos de los que nos habla la mitología griega, oyó las voces de auxilio de Pyrene y acudió en su ayuda. Pyrene murió en los brazos de Hércules, pero antes de dar su último suspiro pudo contar a Hércules su penosa historia.

Hércules la enterró y construyó un impresionante mausoleo en aquel mismo lugar.

Recogió rocas y piedras del monte que había sido arrasado por el fuego y así formó la colosal cordillera, que hoy recibe el nombre de Pirineos en honor a Pyrene.

Siguiendo otra versión, la enemistad entre Atlante y Hércules no impidió que éste quedara prendado de una de las hijas de su enemigo, Pyrene. Ésta nunca quiso traicionar a su padre, así que se escondió en el Norte de la Península Ibérica e incendió los montes, provocando una impresionante hoguera. Hércules enterró a Pyrene, que había muerto abrasada, y levantó un grandioso mausoleo.

Del otro lado de los Pirineos hemos recogido una versión publicada en 1881 en el *Diario de Avisos de Zaragoza*, legada por Elías Appamensis, cronista del siglo XVI, que también escribió en latín una historia de los soberanos de los Pirineos franceses y españoles. Un buen día, Hércules despertó de su adormecimiento lascivo en los brazos de su amada Pyrene, la más hermosa de las hijas del rey Bébrix, rey de los celtas, y se fue a perseguir los monstruos que asolaban la tierra. Su ausencia fue tan larga que cuando volvió, Pyrene, abandonada, ya no existía. Las fieras habían devorado su cuerpo y sólo encontró sus miembros esparcidos en las cuevas donde Pyrene había ido a esconder las lágrimas de su desolación. El dolor del héroe fue extremo, tan grande que sus gritos de rabia estremecieron el mundo, y decidió dar a su regia amada una sepultura digna. Con sus manos levantó las rocas que formaron su eterna sepultura, dando origen a los Pirineos.

APOLO Y DAFNE

Cada vez que hay una competición deportiva, o simplemente observando antiguas representaciones de ganadores, siempre hay algo en común: una corona de laurel en la cabeza del vencedor. La mitología griega tiene una explicación para éste hecho. Curiosamente, tiene su origen en una desdichada historia de amor.

Apolo, hijo de Zeus y Leto, era considerado como el dios de la música, de la poesía, de la luz e incluso de las artes adivinatorias. A lo largo de su existencia había tenido numerosos romances tanto con mortales como con ninfas y diosas.

Un día se atrevió a reírse de Eros, más conocido como Cupido, que se encontraba practicando con su arco. Éste, al sentirse humillado por el arrogante dios, decidió darle una lección. Cuando Apolo se encontraba en el bosque cazando, vio a lo lejos una hermosa joven llamada Dafne, que en realidad era una ninfa.

Eros decidió aprovechar el momento y disparó dos flechas. La que disparó a Apolo era de oro, lo que producía un apasionado amor. Sin embargo, a Dafne le disparó una flecha de plomo, cuyo efecto era exactamente el contrario, sentir odio y repulsión hacia el dios que se había enamorado de ella.

Apolo entonces decidió perseguir a Dafne allá donde fuera hasta conseguir su amor, pero Dafne, bajo los efectos de la flecha de plomo, huía como podía de él. Al llegar al río Peneo, Dafne, cansada de tanta huida y justo cuando ya Apolo lograba alcanzarla, pidió ayuda a su padre, que no era otro que el dios del río. Éste, teniendo compasión por su hija, decidió hacer lo único que podía salvarla: la convirtió en un árbol, el laurel.

Cuando Apolo al fin la alcanzaba, vio cómo los miembros de su amada iban quedándose rígidos, sus brazos se convertían en ramas, sus pies echaban raíces y sus cabellos se iban convirtiendo poco a poco en hojas hasta que su cabeza se convirtió en la copa de un precioso árbol.

Afectado por lo que acababa de suceder y pensando en cuánto la amaba, prometió que ella sería su árbol, el que le representara siempre. De esa manera, sus hojas adornarían su cabeza y la de aquellos guerreros, atletas, poetas o cantores que triunfaran, convirtiéndose en símbolo de triunfo y victoria.

ORFEO Y EURÍDICE

Había una vez una Musa llamada *Calliope*. Ella tenía un hijo llamado Orfeo.

Orfeo, además de ser un gran poeta, tocaba muy bien la lira, deleitando a todos los que lo escuchaban. Tanto hombres como animales quedaban extasiados con su música. Hasta los árboles y las rocas se movían y cambiaban de lugar solo para escuchar sus dulces melodías.

Orfeo estaba casado con Eurídice, su bella esposa, de la cual estaba sumamente enamorado.

Un día mientras recorrían el bosque tomados de la mano, Eurídice, sin querer, pisó una serpiente venenosa que estaba dormida. La serpiente, furiosa por haber sido despertada tan abruptamente, le mordió el tobillo y Eurídice murió envenenada a los pocos minutos.

Orfeo, desesperado por recuperar a su esposa, decidió descender al Tártaro (el infierno) para buscarla y traerla de vuelta a la vida.

Orfeo tomó la lira, y mientras tocaba, encantaba a todos los que se cruzaban en su camino. Hasta el can Cerbero, el perro de tres cabezas custodio del Tártaro, lo seguía como un cachorrito manso. Orfeo continuó su largo recorrido encantando con su melodía a uno tras otro hasta llegar hasta el mismo trono de Hades, el rey de los muertos, que fascinado por los suaves acordes de la lira, le preguntó: -¿Qué vienes a buscar aquí, Orfeo?

-Quiero a mi esposa Eurídice de vuelta conmigo. Respondió Orfeo.

-¡Ah! Escúchame bien. Dijo Hades- Permitiré que regrese contigo con una sola condición: tu adorada Eurídice seguirá tus pasos hasta que hayáis abandonado el reino de las tinieblas. Sólo entonces podrás mirarla. Si intentas verla antes de atravesar la laguna Estigia, la perderás para siempre.

-Así se hará –aseguró el músico.

Y Orfeo inició el camino de vuelta hacia el mundo de la luz. Durante largo tiempo Orfeo caminó por sombríos senderos y oscuros caminos habitados por la penumbra. En sus oídos retumbaba el silencio. Ni el más leve ruido delataba la proximidad de su amada. Y en su cabeza resonaban las palabras de Hades: “si intentas verla antes de atravesar la laguna Estigia, la perderás para siempre”.

Por fin, Orfeo divisó la laguna. Allí estaba Caronte con su barca y, al otro lado, la vida y la felicidad en compañía de Eurídice. ¿O acaso Eurídice no estaba allí y solo se trataba de un sueño? Orfeo dudó por un momento y, lleno de impaciencia, giró la cabeza para comprobar si Eurídice le seguía. Y en ese mismo momento vio cómo su amada se convertía en una columna de humo que él trató inútilmente de apresar entre sus brazos mientras gritaba preso de la desesperación:

-¡Eurídice, Eurídice...!

Orfeo lloró y suplicó perdón a los dioses por su falta de confianza, pero sólo el silencio respondió a sus súplicas. Y, según cuentan las leyendas, Orfeo, triste y lleno de dolor, se retiró a un monte donde pasó el resto de su vida sin más compañía que su ira y las fieras que se acercaban a escuchar los melancólicos cantos compuestos en recuerdo de su amada

TERRORÍFICAS



Aunque la mayoría evite reconocerlo, todos en alguna situación determinada sentimos miedo. Ante una tormenta, al escuchar un trueno, al ver un relámpago... ¿No ha notado cómo la boca se le secaba? ¿Cómo su corazón latía mucho más deprisa y se aceleraba su respiración? Es simplemente nuestro cerebro avisándonos de que debemos tomar precauciones. Ante el temor, el ser humano se prepara para huir o protegerse. Nuestro cuerpo se pone en alerta y comienza a generar sus propias defensas: el corazón se acelera, los músculos se tensan y la sangre se dirige con rapidez hacia las piernas para facilitarnos la huida; empezamos a sudar... ¡Hasta el cabello se nos eriza!

El problema viene cuando este miedo se torna incontrolable, cuando nos supera, cuando llega a extremos inimaginables. Ante esto, las reacciones de nuestro organismo comienzan a ser preocupantes: taquicardias, opresión en el pecho, temblores... es cuando entramos en lo que los expertos diagnostican como... ¡pánico! Pero... ¿dónde se encuentra la frontera entre el miedo y el pánico? ¿Qué situaciones nos provocan terror?

Los creadores de leyendas urbanas conocen desde hace tiempo la respuesta. Por un lado: callejones oscuros, cementerios lúgubres, casas abandonadas; en definitiva, parajes solitarios e incommunicados que logran provocar nuestra ansiedad. Por otro, todo lo que pertenece a otra dimensión, a la de lo desconocido: espectros, espíritus, ánimas... He aquí los ingredientes ideales para una terrorífica leyenda urbana.

Algunas las reconocerá el lector al instante porque nos han acompañado durante varias generaciones; otras en cambio son más modernas, están adaptadas a los tiempos actuales porque para inspirar terror hay un elemento que resulta imprescindible... ¡Deben parecer reales!

Bienvenido al capítulo de las leyendas terroríficas.

VERÓNICA



El frío les sorprendió aquella noche y a pesar del fuego que encendieron no conseguían entrar en calor. Añadieron algunos troncos más para templar algo la estancia. Habían imaginado aquel instante en numerosas ocasiones, ya desde los tiempos del instituto, y por fin se había hecho realidad. Según lo acordado, todos traían una historia que contar. Comenzaron los relatos, casi todos con contenidos terroríficos, asesinatos, cementerios..., la tensión iba en aumento.

Por fin le llegó el turno a Isaías. Se levantó, adoptó una expresión seria y comenzó a relatar una leyenda con voz grave mientras se escuchaba el crepitar de la hoguera y los demás atendían sus palabras casi sin mover ni una pestaña:

Sucedió en nuestro instituto hace algunos años. Me la contó el conserje, Félix, ese hombre tan siniestro que sólo su presencia atemoriza. Por cierto, ¿sabéis que dicen que asesinó y despedazó a un alumno? Bueno, esa historia ya os la contaré otro día —Isaías estaba consiguiendo asustar al grupo—.

Ésta le ocurrió a unos chavales hará unos siete años, cuando decidieron jugar a la ouija en el gimnasio. Unieron sus manos sobre el vaso y comenzaron a moverlo... «Espíritu ¿estás ahí?». «Espíritu ¿estás ahí?».

No se sabe muy bien lo que sucedió, pero el vaso se desplazó hasta la casilla del Sí, alguien gritó y el pánico comenzó a apoderarse del grupo, estaban atemorizados, sólo había una excepción: ¡Verónica! Una chica de cabello rizado y pelirrojo que nunca se tomaba nada en serio. Se levantó entre bromas: «¡Esto no hay quién se lo crea!», se la escuchó decir mientras se dirigía hacia la puerta con la intención de marcharse. El caso es que sin darse cuenta —ninguno supo explicar después cómo sucedió—, tropezó con algún objeto del gimnasio y se precipitó contra la estantería en la que se apilaban las pesas de musculación.

El mueble osciló y varias se estrellaron contra el suelo, con tan mala suerte que una de ellas se empotró en la cabeza de Verónica. La chica quedó paralizada, exánime, hasta que un delgado hilo de sangre comenzó a recorrer su cara. Los ojos, entornados, se le quedaron en blanco y se derrumbó como si tuviera las piernas de barro.

Esa noche cambió la vida de aquellos muchachos; de hecho Félix me contó que varios de los chicos siguen aún en tratamiento psiquiátrico y uno de ellos, Israel, que al parecer llevaba unos meses saliendo con Verónica, ni siquiera ha podido recuperar el habla desde el trágico incidente. En el instituto se rumorea que el espíritu de Verónica sigue vagando por los pasillos, y que si una joven se coloca sola frente a un espejo con una vela encendida y repite tres veces el nombre de la infortunada, puede contemplar su propia muerte a través del cristal.

—¡Tú estás de coña! —exclamó jocosa Elvira.

—¡Esto no hay quien lo crea!... ¿Y dices que sucedió en nuestro instituto?

—De coña, ¿dices? —contestó Isaías, acaso tocado en su orgullo.

—Pues si verdaderamente estás convencida de que se trata de una mentira, quizá lo podamos comprobar. Yo estoy seguro de que todo lo que he contado sucedió realmente. ¿Qué te parece si alguna de estas tardes, cuando el instituto esté vacío, nos colamos, entras sola en el baño y repites frente al espejo tres veces el nombre de Verónica?

—¡¡Uuuuhhh, qué miiieeedoooo!!! ¡Pues claro que lo haré, no soy una cobarde como tú y los demás! —exclamó con aire de superioridad.

A la semana siguiente el mismo grupito se concentró en la parte trasera del instituto. Casi todos conocían un pequeño recoveco por el que, en alguna ocasión, se colaban en el recinto para fumar o simplemente para esconderse. Con el convencimiento de que nadie les observaba avanzaron, localizaron la ventana que previamente habían dejado entreabierta y, sin muchos esfuerzos, entraron en el edificio ahora vacío. Elvira iba a la cabeza del grupo; del bolsillo trasero de su vaquero sobresalía la vela que pensaba encender. Cuando todos estuvieron dentro, Isaías apoyó la mano en el hombro de Elvira y le susurró:

—Bueno, amiga... ¡Es hora de ser valiente! Te esperamos en el vestíbulo de entrada.

Elvira recorrió el pasillo en penumbra para dirigirse al cuarto de baño. Lo que al principio se planteó como un juego inocente, ahora, mientras caminaba por aquel recinto solitario, le pareció una banalidad a la que no se tenía que haber prestado. Pero a lo hecho, pecho. No podía ya echarse atrás y quedar como una miedosa frente al grupo.

Entró en los servicios, y al pulsar el interruptor descubrió con fastidio que no funcionaba la luz. Sólo se colaba algo de claridad a través de las ventanas.

—¡Mierda, esto ya no me está gustando nada!

Con cierto nerviosismo sacó de su bolsillo la vela y un mechero.

La prendió delante del espejo.

—Verónica...

La primera vez que pronunció el nombre, muy bajito, sintió que tenía la boca seca, con un regusto amargo.

—¡Verónica!

Esta vez intentó pronunciar el nombre con más fuerza:

—¡¡Verónica!!

Súbitamente quedó paralizada frente a la imagen que le devolvía el espejo. Pudo verse a sí misma dentro de un ataúd rodeada de algunos familiares. Lo más terrorífico era que el aspecto que ofrecía era idéntico al actual, al presente. Era ella, y no daba la impresión de que hubiera pasado mucho tiempo.

Aquella visión la dejó helada y de repente todo cambió. Pasó de la incredulidad al miedo en apenas unos segundos. Notó cómo sus piernas dejaron de responderla, le faltaba el aire, se apoyó sobre el lavabo intentando mantenerse en pie. Abrió el grifo del agua para mojarse la cara... ¡Necesitaba reaccionar!:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Al levantar la cabeza, Elvira quedó aterrorizada. Observó que en el vaho que había cubierto el espejo algo o alguien había escrito una fecha: 27 de abril de 2006.

—Pero... eso es... ¡mañana!...

Presa de un ataque de pánico, el cuerpo de Elvira dejó de responderla; perdió el conocimiento y se desvaneció. El estruendo de la caída alertó a sus amigos, que se precipitaron hacia el baño. Lo que allí descubrieron les sobrecogió: Elvira al caer se había golpeado en la sien con un extremo del lavabo y yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. En el espejo aún se podía leer la fecha del día siguiente, justo cuando Elvira... ¡descansaría en su ataúd!



VESTIDA DESDE EL MÁS ALLÁ

Las cinco amigas habían decidido pasar dos días juntas, un fin de semana diferente. A todas les encantaban las historias de miedo y por eso se habían animado a alquilar aquella casa rural en el centro de un pueblecito medio abandonado. Aquella localidad tuvo gran relevancia en otras épocas lejanas, pues

estaba situada en las inmediaciones de un castillo medieval, centro neurálgico de poder en los tiempos de la aristocracia feudal.

Alguien les comentó que aquel viejo caserón destacaba de entre todas las construcciones y que su aspecto se asemejaba más al de un castillo encantado que al de una casa rural. Al parecer, la dueña de la casa era lo más parecido a una ama de llaves de las películas de terror. Estos argumentos les parecieron inmejorables, y el decorado, muy adecuado para vivir un fin de semana terrorífico.

Las cinco amigas quedaron gratamente sorprendidas cuando conocieron la lúgubre vivienda y a su enigmática custodia. Realmente la inquietud se respiraba en cada rincón, y aunque buscaban emociones fuertes, por alguna causa desconocida procuraron no separarse las unas de las otras.

Deshicieron juntas las maletas, iban al baño de dos en dos, cenaron pegadas y también en grupo se sentaron frente a la chimenea encendida para tomar un té y calentarse un poco en aquella noche especialmente gélida. Mientras charlaban animadas se apagaron las luces de la casa. La luz de las llamas proyectaba extrañas y caprichosas formas en las paredes y en el techo...

De repente la puerta chirrió con un sonido penetrante y se abrió de golpe. Seguidamente entró la dueña. Su cara se deformaba por las sombras que salpicaban su rostro causadas por un candelabro oxidado que sujetaba entre sus manos huesudas.

Ninguna de las cinco pudo evitar un grito agónico y entrecortado que les provocó la inesperada aparición.

—¡Por favor, chicas, no os asustéis! —susurró la extraña mujer con la intención de tranquilizarlas—. ¡No ha sido más que un apagón! En este pueblo sucede a menudo. Por cierto... ¿Todo es de vuestro agrado?

Las jóvenes se acurrucaron unas contra otras limitándose a asentir.

—Ya que estáis todas juntas... ¿Qué os parece si os cuento una leyenda? ¿Os gustan las historias de miedo?

Se miraron entre sí, y una actuó de portavoz del grupo:

—No estaría mal. ¿Se sabe alguna?

—¿Alguna? —contestó la dueña dejando escapar una sonrisa irónica—. Claro que sí. Conozco... ¡La Historia! —exclamó enfatizando estas últimas palabras. Una ráfaga de viento avivó el fuego y la sala se iluminó de súbito.

—Os he dicho que se trata de «La Historia» porque transcurrió aquí, en el interior de esta humilde casa. Entre estas paredes vivía una joven de lo más agraciada, lo tenía todo: guapa, alta, de figura delicada... ¡Qué curioso! ¡Tendría más o menos vuestra edad!

En cierta ocasión fue invitada a un baile que celebraba el hijo de una de las familias más pudientes de la zona. Al parecer, el joven se había fijado en la muchacha y tras localizar su dirección decidió mandarle una

invitación para la fiesta. ¡Imaginaos qué contenta se puso aquella joven! Sería su oportunidad de conocer un mundo muy diferente al suyo y hasta ¿quién sabe?, tal vez podría enamorar a aquel muchacho y llegar a convertirse en su mujer.

Entre sueño y sueño, la joven se percató enseguida de un detalle: carecía de un vestido apropiado que lucir aquella noche y tampoco tenía dinero para derrocharlo de esa forma. Una de sus amigas, al verla tan triste le dijo: «¿Y por qué en vez de comprar un traje de baile, no lo alquilas? Seguro que es mucho más barato».

La joven se acercó hasta la modista del pueblo y por una cifra razonable consiguió para la fiesta un precioso modelo, digno de una princesa, y que además se ajustaba a su cuerpo como un guante. Estaba realmente guapa y distinguida y fue la sensación de aquella velada. No paró de seguir el compás de la música en toda la noche mientras los pretendientes hacían cola y se la disputaban.

Ella estaba radiante y pensaba que su suerte iba a cambiar. Exhausta por el baile, comenzó a marearse, se acercó hasta una ventana intentando que el aire fresco la reanimara. ¡No funcionó! Cada minuto que transcurría iba encontrándose peor. Reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, regresó a su hogar, o sea, esta casa, y se tumbó en el sofá, justo en ése en el que ahora estáis sentadas.

Una de las amigas dio un respingo instintivamente. Otra se levantó para sentarse en el suelo y poder escuchar la historia, más de cerca sin perderse detalle.

—Como os decía, la muchacha se encontraba realmente mal; su madre, alarmada, le colocó paños fríos en la frente para intentar calmar aquel desasosiego. La chica, entre sudores, no dejaba de gritar que una mujer se le aparecía gritándola:

¡Devuélveme el vestido!, ¡devuélveme el vestido!... ¡Pertenece a los muertos! La madre estaba cada vez más angustiada escuchando a su hija, viendo cómo sus ojos iban perdiendo vida, cómo se consumía lentamente. A las pocas horas la joven falleció ahí mismo, en el sofá.

Con gran consternación y extrañeza, el forense que realizó la autopsia del cadáver descubrió que la muchacha había muerto envenenada ¡con productos de embalsamar! Al parecer, restos del citado líquido depositados en el vestido habrían penetrado a través de los poros de su piel a medida que su cuerpo iba calentándose por el baile.

La policía inició las investigaciones pertinentes y se presentó en la casa de la modista. La dueña se vio obligada a declarar que un enterrador se lo había vendido a su ayudante. Sin duda, debía de haberlo robado del cuerpo sin vida de una joven justo antes de que cerraran definitivamente el féretro.

Inesperadamente retornó la luz a la estancia. Las amigas gritaron de nuevo, lo estaban pasando realmente mal.

—¡Venga, chicas, tranquilas! ¡Que ya llegó la luz! Bueno, espero que os haya gustado la historia — aquella enigmática mujer se levantó y volvió a coger el candelabro—. Y ahora os dejo, ¡mañana tengo que

madrugar! ¡Que paséis buena noche!... ¡Ah! Y si veis a una joven con un precioso vestido de fiesta en medio del pasillo...¡no os asustéis!

La dueña salió de la estancia riéndose de su propio sarcasmo y las jóvenes decidieron también irse a dormir... Eso sí, ¡todas juntas en una habitación!

LA CAZADORA



—¡En qué hora se me ocurriría coger la moto!

Roberto se quejaba mientras la lluvia caía sin interrupción sobre el asfalto. Aparcó junto al acceso principal de una discoteca donde, todos los fines de semana se dejaba caer para tomarse algunas copas. Mientras colocaba el candado en la rueda la vio aparecer: una joven de largos cabellos humedecidos, ataviada con un vestido primaveral que apenas si cubría sus formas y que llevaba los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera retener el poco calor que le quedaba en su cuerpo. Roberto, conmovido por la escena, comprendió que no la podía dejar marchar en aquellas condiciones:

—¡Eh, espera! —gritó. Se quitó su cazadora de cuero para ponérsela a la joven sobre los hombros.

—¡Mírate, estás empapada y congelada! ¡Ven, pasa conmigo, te invito a tomar algo!

La joven accedió y entraron juntos en la discoteca. No se separaron en toda la velada, charlando, bebiendo y divirtiéndose. Roberto se ofreció para acompañar a la muchacha, que dijo llamarse Yolanda, hasta la puerta de su casa.

El amanecer era muy frío, y aunque ya había dejado de llover, el ambiente era húmedo y gélido. Montaron en la motocicleta y ella se aferró fuertemente a su cintura, él notaba sus temblores. Roberto se dirigió en la dirección que la joven le había indicado. Conocía con detalle cada metro de la carretera, se anticipaba a cada curva y en todas le suplicaba que disminuyera la velocidad, tenía mucho miedo a sufrir un accidente. Cuando llegaron, Roberto detuvo la moto junto a la acera. Yolanda bajó a la calzada e hizo el ademán de devolverle la cazadora.

—No te preocupes, ahora no siento frío; si te parece, mañana me paso y la recojo. ¿Cuál es tu piso? ¿Te viene bien a eso de las cinco? —preguntó Roberto.

Yolanda asintió con la cabeza, sin emitir palabra alguna y besó fugazmente sus labios. Inmediatamente desapareció. A la mañana siguiente el joven regresó ilusionado a la casa de su nueva conquista. Una señora de pelo cano abrió la puerta.

—Hola, ¿cómo está? Esto... yo... había quedado con Yolanda para recoger mi cazadora y tomar algo.

La mujer dejó caer el vaso que llevaba en su mano; Roberto se asustó con el ruido de los cristales al estallar en mil pedazos. El rostro de la mujer se demudó:

—Pero... ¿Qué broma es ésta?

—Esto es en serio, señora. Ayer le dejé mi cazadora a Yolanda y quedamos en que vendría a recogerla hoy.

La señora se puso muy nerviosa y pidió a Roberto que describiera a la joven. A medida que escuchaba las explicaciones su expresión se fue tornando aciaga, amarga, y entonces estalló en un llanto desconsolado. Cuando pudo recuperar el aliento alcanzó a decir:

—Justo así era Yolanda, mi hija, pero ella... ¡murió hace cinco años! Un día de mucha lluvia, mientras conducía hacia la discoteca su moto derrapó, su cuerpo quedó destrozado en una curva...

¡Fue horrible! En el cementerio, aquí muy cerca, hay una foto de mi hija incrustada en la lápida. Es la única que conservo. Acompáñame si no me crees.

Fueron ambos hasta el cementerio, a cinco minutos escasos de la vivienda. Roberto, aún escéptico, seguía a aquella mujer que le precedía deslizándose sus pies trabajosamente por el peso de la tristeza.

A Roberto le faltó poco para quedarse allí clavado, convertido en una piedra más. Tal como le advirtió la madre de Yolanda, la fotografía, aunque desfigurada por el paso del tiempo, mostraba la imagen de Yolanda tal y como la conoció aquella noche. No podía ser de otra. La joven le sonreía desde la lápida con complicidad. Fue en ese preciso momento cuando Roberto se quedó paralizado. Su cazadora se encontraba apoyada sobre la tumba. No había duda... Era la misma que le había prestado a Yolanda la noche anterior.

Muchos consideran que esta leyenda urbana es una versión moderna de la chica de la curva. Tiene su origen en Estados Unidos y se trasladó posteriormente a Europa. En España el relato tiene una ubicación específica: la discoteca Androides, situada en la calle Alfares de la localidad de Talavera de la Reina, en la provincia de Toledo.

Un local de moda allá por la década de 1980 y envuelto en infinidad de misterios. Se rumoreaba que se escuchaban sonidos muy extraños: gritos, lamentos, sollozos... También que se habían producido sorprendentes apariciones, e incluso, que de la pared alicatada de los lavabos en ocasiones había manado lo que parecía sangre.

Ésta es una de las pocas leyendas que es posible situar en un local determinado. Al igual que en la leyenda de la chica de la curva, la enseñanza que nos quiere transmitir es que tenemos que estar mucho más atentos en la conducción, en este caso de motocicletas, y sobre todo en los días lluviosos.

LA ÚLTIMA NOVATADA

- Un, dos...un, dos...un, dos...

El sargento marcaba el paso autoritariamente y todos los reclutas lo acompañábamos, poniendo mucha atención para no cometer ninguna equivocación. La semana estaba siendo especialmente dura porque los veteranos no dejaban de molestar e importunar con sus inaguantables novatadas. Yo ya había padecido unas cuantas, aunque por suerte no fueron muy macabras; la peor parte la llevaba Gerardo, el buenazo de la unidad, un gigantón con un corazón que no cabía en su pecho, y que aguantaba estoicamente una broma tras otra.



Después de la instrucción nos dirigimos rápidamente hacia las duchas. Teníamos que estar listos lo antes posible. Eso significaba más tiempo para disfrutar en la cantina. Cuando nos disponíamos a marchar algunos veteranos se acercaron a nuestro grupo. La cosa no pintaba nada bien.

- Venga, Gerardo, vente a dar una vueltecita con nosotros- le ordenaron amenazantes.
- ¡Dejadle tranquilo! ¡Ya está bien, no paráis de hacerle cosas! -les increpé indignado a riesgo de que se ensañaran conmigo.
- ¡Tú cierra el pico, recluta, o serás el próximo! -amenazaron. Parecían hampones dispuestos a cualquier cosa. Gerardo, para que la sangre no llegara al río, intentó calmarme:
- ¡Tranquilos amigos, no pasa nada, estaremos de vuelta en un ratito!

Los veteranos lo montaron en un Jeep y lo condujeron con los ojos vendados a un pabellón vacío al parecer le tenían preparada una buena novatada. Uno de ellos, entre lágrimas y con la voz temblorosa me lo relató horas después:

- Gerardo -le dijeron-, vamos a ver lo valiente que eres y de lo que eres capaz. Te voy a hacer un corte en la muñeca y te sacaremos un poco de sangre, aguanta como un hombre y será la última broma que te hagamos. A ver, chicos... ¡El cuchillo y un cubo para recoger la sangre! Todos nos miramos y aguantamos la risa. Gerardo, con los ojos tapados, estaba muy angustiado, no sabía muy bien lo que estaba sucediendo. Le tumbamos en una gran mesa y le atamos fuertemente. Él forcejeó para liberar su brazo, pero no fue posible, estaba bien amarrado. Su cara comenzó a ponerse morada por el esfuerzo. Una mordaza le impedía gritar. Pusimos el cubo bajo su brazo y, como en otras ocasiones, el cabo deslizó el canto de un cuchillo por la muñeca del aterrado chaval, haciéndole creer que le producíamos un corte perfecto. Uno de nosotros ya tenía el agua caliente preparada y se la empezamos a echar sobre la muñeca... ¡Gerardo se revolvía como un cochino al escuchar cómo goteaba sobre el cubo lo que él creía su sangre! A continuación, con un dosificador, fuimos vertiendo gota a gota el agua sobre la muñeca de tu amigo. ¡Lo habíamos hecho tantas veces!... ¡Bueno, Gerardo, en un rato volvemos! ¡Aguanta y será la última vez! Nos marchamos, dejándole allí solo, amordazado y con los ojos vendados, pensando que se desangraba poco a poco. Nos dio tiempo a tomarnos dos o tres botellines. Cuando regresamos, Gerardo estaba quieto.

A cada frase el veterano se veía obligado a detenerse para limpiarse las lágrimas que ya salían a borbotones. Narraba el suceso realmente emocionado.

- ¡Venga, chaval, prueba superada! -le dijimos para tranquilizarle. Nuestras carcajadas se podían oír desde muy lejos.
- ¡Vamos, grandullón, ya te habrás desangrado! -dijo el cabo.

Pero Gerardo seguía inmóvil. El cabo se puso inquieto:

- ¡Este cabrón se ha quedado roque! Se va a enterar.

Pero al quitarle las ataduras descubrimos que Gerardo... ¡estaba muerto! El resto ya lo conoces: el forense ha dicho que fue un ataque al corazón; al parecer sufría una malformación desde pequeño. Estamos a la espera de que un jurado militar dictamine si hay culpa o se trató de un accidente. Pero sea como fuere, te puedo asegurar que jamás volveré a dormir tranquilo.



EL CLAVO

La cita se formalizó: ¡A las doce en las afueras del pueblo! Los cuatro amigos habían decidido que esa noche, precisamente ésa, fuera la elegida. ¡Por fin iban a demostrarse unos a otros el valor del que en tantas ocasiones habían pavoneado!

El cielo amenazaba lluvia, y los rayos, como azotes eléctricos, conseguían que el cielo se iluminara a cada instante con destellos metálicos. Todo el pueblo estaba en tinieblas. La central eléctrica había sufrido una inoportuna avería. En ocasiones similares, el fluido eléctrico se había interrumpido durante horas. Se trataba, pues, de la situación perfecta. La noche presentaba su peor cara. Enfundados en sus prendas de abrigo, los amigos iban apareciendo en el sitio acordado. Cada uno trajo el objeto exigido: un martillo y un clavo con una muesca personalizada que lo distinguiera de los demás.

Para mostrar su valentía, nada mejor que, en medio de la noche, saltar la tapia del cementerio y como prueba de hombría, incrustar el clavo en una de las muchas sepulturas.

-¡Venga! ¡Comencemos de una vez! ¿Quién se atreve a ser el primero?

-¡Yo mismo! –Alberto se levantó las solapas de su abrigo; apretó con determinación los puños dentro de sus bolsillos y se encaminó hacia el cementerio.

Pasó el tiempo. Los que aguardaban estimaron que su compañero tardaba demasiado. Alberto apareció de entre las sombras asegurando haber cumplido con la misión encomendada. Fernando fue el siguiente, y Jesús el tercero. Ya sólo quedaba Fermín, el más pequeño, con el que siempre se metían, y al que a cada momento le recordaban lo cobarde que era. Fue el que más dudó.

-Chicos...esto... creo que me voy a casa... ¡Como mis padres descubran que me he escapado me la voy a cargar!

-Sí, claro, ¡venga, cobarde!, ¡a saltar esa tapia! –le increparon los demás.

Fermín fue consciente de pronto de que esa noche no valdrían las excusas. Resignado, se encaminó hacia el cementerio. El silencio era espeluznante. Sólo el aullido del viento podía romperlo, o los truenos entrecortados a lo lejos, que hacían a su vez retumbar la tierra. Con mucho esfuerzo consiguió saltar la tapia. El espectáculo que se encontró en el interior era aterrador. Cada fogonazo de los rayos recortaba la silueta de las tumbas en cuestión de segundos todo se iluminaba para enseguida dejar paso a la total oscuridad. Fermín sintió que sus rodillas temblaban mientras se dirigía hacia una de las tumbas para realizar su cometido. Se sentó en una de las lápidas, el frío de la losa le penetró instantáneamente hasta los huesos. Sacó el martillo aterrorizado.

La mano temblorosa y poco firme hizo que el clavo se le cayera al suelo. A oscuras, Fermín comenzó a palpar el terreno para encontrarlo, pero de repente emitió un feroz alarido. Creía haber tocado algo parecido a un esqueleto humano. El resplandor de un rayo le acercó la realidad: sólo eran las raíces de un árbol sobresaliendo de la tierra. Al siguiente destello, lo localizó. Se sentó nuevamente sobre la tumba. Su respiración se hizo más pesada, y los latidos de su corazón se tornaron incontrolables. Volvió a intentarlo.

-¿No está tardando mucho? –comentó Alberto- ¡No teníamos que haber obligado a Fermín! Hubiese sido mejor que no hiciera la prueba, ya sabéis lo cobarde que es.

-Sí, será todo lo gallina que tú quieras –contestó Fernando defendiendo al pequeño –pero también él ha saltado la tapia y está dentro del cementerio.

Ante la demora excesiva, el grupo decidió ir a la búsqueda de Fermín. Entraron en el cementerio y buscaron entre las lápidas. Quedaron horrorizados al hallarlo tendido junto a una de las tumbas con un trozo de su abrigo clavado al mármol de la sepultura. La expresión de su cara no dejaba lugar a dudas: había sufrido una muerte angustiosa, hasta su pelo se había cubierto de canas.

El forense confirmó que la muerte del chico se produjo por los efectos letales de un paro cardíaco, sobrevenido después de una violenta crisis de pánico y ansiedad. Seguramente Fermín pensó que algún difunto le agarraba del abrigo para llevárselo con él al más allá, como pago por su osadía. En el caso de que fuera así, desde luego que lo había conseguido.

Existe otra versión de esta leyenda. La protagoniza una joven a quien aseguran que, si clava una sogá en una tumba cualquiera, podrá conocer a la persona con la que se ha de casar. Para que esto funcione debe ir sola al cementerio por la noche, sin decírselo a nadie. Después de mucho pensárselo a causa del pánico que le producían los cementerios, la joven acude por la noche al camposanto. Es entonces cuando, al disponerse a clavar la cuerda, el bajo del vestido se engancha en la lápida. Al percatarse de la situación y creyendo que alguien o algo la retiene, la joven muere de un ataque al corazón provocado por el pavor a lo desconocido.

Esta leyenda podría situarse en Estados Unidos, allá por la década de 1940, cuando apareció reflejada en varias publicaciones de la época. Con el tiempo, la leyenda fue mutando y sufriendo variaciones aunque con el mismo final: la ropa del protagonista se engancha y termina muriendo de un infarto producido por un ataque de pánico. Claramente, el fondo de esta historia tiene como meta concienciar a la juventud de los riesgos de salir de noche, sobre todo sin contar con el permiso de los padres. También nos alerta acerca de los peligros que puede esconder un cementerio vacío, intentando evitar que los jóvenes acudan allí de noche, algo muy popular en el pasado entre adolescentes con ganas de vivir una experiencia arriesgada.



LA FÁBRICA DEL DEMONIO

Las linternas proyectaban su haz de luz en la nave desierta. Los dos vigilantes escudriñaban el rincón donde uno de ellos había escuchado un ruido.

-¿Ves algo?

-No, nada. Creo que empiezas a estar obsesionado.

-Es porque tú eres nuevo, Marcos, seguramente si supieras lo mismo que sé yo...

-¡Cuenta, cuenta! –le apremió el novato.

Enrique bajó el tono de voz y le informó a su compañero:

-¿Sabías que llevamos, entre los que hacemos esta ronda, más de seis bajas por depresión?

Marcos puso tal rostro de sorpresa, que su compañero comprendió que no debía estar al corriente de la situación. Enrique prosiguió relatando la historia...

-Antonio, por ejemplo, me comentó que padecía estrés debido a los ruidos que se oían por la noche; parecían los lamentos de un hombre que, a veces, derivaban en silbido... Pero lo más traumático llegó cuando escuchó la respiración de una persona muy cerca de su oído y hasta llegó a sentir el calor de su aliento.

-¡Joder, Enrique!...¡Es para acojonarse! Pero bueno, ¡sigue!, ¡sigue! –Marcos estaba cada vez más inquieto.

-¿Tú sabías que es esta fábrica estuvieron mucho tiempo sin sufrir ningún robo? Lo más curioso es que siendo uno de los barrios más peligrosos, no tenían a nadie para protegerla. Según una leyenda que circula desde hace tiempo, el dueño de la fábrica hizo un pacto con el diablo nada menos, para que no ocurriese nada en estas naves. Al parecer, Lucifer aceptó el trato y envió un perro horrible, con las fauces de un monstruo y la envergadura de un caballo que arrastraba sus mugrientas pezuñas por cada rincón de este horrible lugar. El trato no fue gratuito. A cambio, Lucifer exigió el alma de un vigilante al año. Cada doce meses el propietario de la fábrica contrataba a un guarda nocturno y a los pocos días... ¡Lo encontraban muerto!

-Lo único que me dijeron al respecto es que la empresa ha cambiado de dueño...¿Es verdad? – preguntó Marcos intrigado.

-Sí, en efecto, y por eso hace dos años que no encuentran el cadáver de uno de los nuestros, pero lo cierto es que los extraños sonidos se siguen escuchando.

Un nuevo ruido alertó a Enrique que, automáticamente, dirigió hacia ese punto el foco de luz de la linterna intentando descubrir de dónde provenía. Se acercó al rincón iluminado pero no advirtió nada anómalo. El silencio reinante comenzó a inquietarle.

-¿Marcos? ¿Estás ahí?

Nadie le respondía. Enrique enfocó un bulto en el suelo, justo en el lugar donde estuvieron unos segundos antes. Al acercarse descubrió con horror que los ojos de su compañero miraban al vacío. Le cogió la muñeca derecha para comprobar el pulso. No había duda. ¡Marcos estaba muerto! Lo que más impresionó a Enrique es que su compañero estaba cubierto de rasguños y rasgaduras. Era como una enorme bestia lo hubiera atacado con sus afiladas garras.

LEYENDAS ARAGONESAS



LA CRUZ DEL SOBRARBE

A las afueras del pueblo medieval de Aínsa se eleva un templete en recuerdo de la batalla que ganaron los cristianos a los musulmanes, una batalla en la que la leyenda dice que se les apareció una cruz en llamas sobre una carrasca, lo cual fue todo un revulsivo para las mermadas fuerzas de los sobrarbenses.

En la actualidad se sigue celebrando en Aínsa la fiesta de La Morisma en la que se rememora el triunfo de los ejércitos cristianos sobre los musulmanes a la puertas de la villa en el año 724.

Según la leyenda, antes de la batalla, el número de musulmanes era muy superior al de los cristianos, sin embargo éstos vencieron gracias al ánimo que les dio su jefe Garci Jiménez, pero sobre todo porque en plena lucha se les apareció sobre una carrasca una gran cruz roja resplandeciente, lo cual fue tomado como un buen presagio y como una confirmación de que Dios luchaba de su lado contra el infiel.

Testimonio de la enorme trascendencia de este hecho legendario es que hoy en día la carrasca y la cruz roja se mantienen en el escudo de la comarca del Sobrarbe y en el de la propia Comunidad Autónoma de Aragón.

LA CAMPANA DE HUESCA

Hoy en día, realizando una visita guiada por la ciudad de [Huesca](#) se nos muestra un sótano de lo que fuera el Palacio Real, donde se supone que acaecieron los hechos relatados en la leyenda de la Campana de Huesca.

Siendo rey Ramiro II "El Monje", los nobles y potentados de su reino no le eran del todo fieles y no tenían gran confianza en su gobierno. El monarca preocupado ante esta situación decidió consultar al abad de su antiguo monasterio



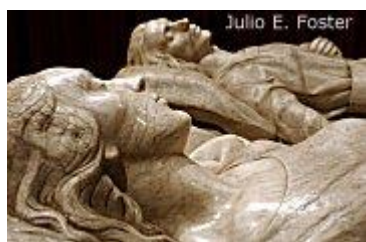
para ver cómo resolver el problema. Éste, prácticamente sin palabras, le mostró como cortaba en su huerto las coles que destacaban excesivamente sobre las demás. Así, Ramiro II sacó sus propias conclusiones.

Convocó en 1136 a los nobles a Cortes en Huesca para comunicarles que iba a hacer una fabulosa campana que se oyera en todo el reino. Y ciertamente sonó en todos los sitios, ya que conforme los nobles llegaban a su palacio los fue decapitando uno a uno, para después colgar sus cabezas en un sótano de la residencia real.

La imagen de esta masacre es estremecedora y por supuesto inventada, aunque está contrastado históricamente que en una ocasión se sublevaron ante su poder siete aristócratas, y el rey, por muy monje y cristiano que era, no dudó un instante en mandarlos ejecutar.

LOS AMANTES DE TERUEL

La archiconocida leyenda de los Amantes de Teruel ha traspasado no sólo las fronteras regionales, sino que es conocida fuera de España, y es un ejemplo de historia de amor trágico a la manera de los grandes dramas como Romeo y Julieta.



En pleno siglo XXI el lugar más visitado de [Teruel](#), sigue siendo el Mausoleo de los Amantes, labrado por el escultor Juan de Ávalos y sufragado con aportaciones de enamorados de toda España. Esto nos da idea del enorme calado de esta leyenda, que según algunos se refiere a hechos reales.

Se cuenta que Juan Diego de Marcilla, segundón de un familia noble, e Isabel de Segura, descendiente de una familia rica, se querían desde niños, y cuando llegaron a la juventud su amor se mantenía.

Así, Diego decidió pedirla en matrimonio. Pero el padre de Isabel, al no ver claro el futuro económico de la pareja, le pidió al joven que volviera más adelante pero con riquezas. Entonces Diego llegó a un pacto, él se iría a las Cruzadas en busca de fortuna pero Isabel le esperaría durante cinco años sin casarse con otros.

En esos cinco años, el padre de Isabel no paró de incitar a su hija para que se casase con el potentado Pedro Fernández de Azagra. Ella, terca, mantuvo su promesa y se resistía, pero a punto de concluir el plazo vio que se tenía que casar con el pretendiente propuesto por su padre. De esta manera comenzaron los preparativos para celebrar la boda el mismo día que expiraba el plazo.

Precisamente en ese mismo día regresó a Teruel Diego de Marcilla, aunque con la boda ya celebrada. Aún así consiguió reunirse a solas con Isabel y le solicitó un beso, pero ella se lo negó porque ya estaba casada. Entonces murió en ese mismo instante apenado por su fracaso. Al día siguiente, se celebraron los funerales por el joven y allí acudió Isabel, la cual quiso darle una vez muerto el beso que le había negado el día anterior.

En realidad, ella seguía enamorada y por eso al besarle cayó desfallecida y muerta sobre el cadáver.

Y esta es la triste historia de los Amantes de Teruel que ha recorrido el mundo entero y hoy en día se festeja anualmente, escenificando todo este relato.

ROMANCES

ROMANCE DEL CONDE OLINOS

Madrugaba el Conde Olinos,
mañanita de San Juan,
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar.

Mientras el caballo bebe
canta un hermoso cantar:
las aves que iban volando
se paraban a escuchar;
caminante que camina
detiene su caminar;
navegante que navega
la nave vuelve hacia allá.

Desde la torre más alta
la reina le oyó cantar:

-Mira, hija, cómo canta
la sirenita del mar.

-No es la sirenita, madre,
que esa no tiene cantar;
es la voz del conde Olinos,
que por mí penando está.

-Si por tus amores pena
yo le mandaré matar,
que para casar contigo
le falta sangre real.

-¡No le mande matar, madre;
no le mande usted matar,
que si mata al conde Olinos
juntos nos han de enterrar!



-¡Que lo maten a lanzadas
y su cuerpo echen al mar!
Él murió a la media noche;
ella, a los gallos cantar.
A ella, como hija de reyes,
la entierran en el altar,
y a él, como hijo de condes,
unos pasos más atrás.
De ella nace un rosal blanco;
de él, un espinar albar.
Crece el uno, crece el otro,
los dos se van a juntar.
La reina, llena de envidia,
ambos los mandó cortar;
el galán que los cortaba
no cesaba de llorar.
De ella naciera una garza;
de él, un fuerte gavián
Juntos vuelan por el cielo,
juntos vuelan par a par.



ROMANCE DE LA DONCELLA GUERRERA

—Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragón,
¡cómo las haré yo, triste,
viejo y cano, pecador!
¡No reventaras, condesa,
por medio del corazón,
que me diste siete hijas,
y entre ellas ningún varón!
Allí habló la más chiquita,
en razones la mayor:
—No maldigáis a mi madre,
que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras armas,
vuestro caballo trotón.
—Conoceránte en los pechos,
que asoman bajo el jubón.
—Yo los apretaré, padre,
l par de mi corazón.
—Tienes las manos muy
blancas,
hija, no son de varón.
—Yo les quitaré los guantes
para que las queme el sol.
—Conoceránte en los ojos,
que otros más lindos no son.
—Yo los revolveré, padre,
como si fuera un traidor.
Al despedirse de todos,
se le olvida lo mejor:
—¿Cómo me he de llamar,
padre?
—Don Martín el de Aragón.
—Y para entrar en las cortes,
padre, ¿cómo diré yo?
—Bésoos la mano, buen rey,
las cortes las guarde Dios.
Dos años anduvo en guerra
y nadie la conoció
si no fue el hijo del rey
que en sus ojos se prendó.

—Herido vengo, mi madre,
de amores me muero yo;
los ojos de don Martín
son de mujer, de hombre no.
—Convídalo tú, mi hijo,
a las tiendas a feriar,
si don Martín es mujer,
las galas ha de mirar.
Don Martín como discreto,
a mirar las armas va:
—¡Qué rico puñal es este,
para con moros pelear!
—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
roban el alma al mirar.
—Llevaráslo tú, hijo mío,
a la huerta a solazar;
si don Martín es mujer,
a los almendros irá.
Don Martín deja las flores,
una vara va a cortar:
—¡Oh, qué varita de fresno
para el caballo arrear!
—Hijo, arrójale al regazo
tus anillos al jugar:
si don Martín es varón,
las rodillas juntará;
pero si las separase,
por mujer se mostrará.
Don Martín muy avisado
hubiéralas de juntar.
—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
nunca los puedo olvidar.
—Convídalo tú, mi hijo,
en los baños a nadar.
Todos se están desnudando;
don Martín muy triste está:



—Cartas me fueron venidas,
cartas de grande pesar,
que se halla el Conde mi padre
enfermo para finar.
Licencia le pido al rey
para irle a visitar.
—Don Martín, esa licencia
no te la quiero estorbar.
Ensilla el caballo blanco,
de un salto en él va a montar;
por unas vegas arriba
corre como un gavlán:
—¡Adiós, adiós, el buen rey,
y tu palacio real;
que dos años te sirvió
una doncella leal!
Óyela el hijo del rey,
tras ella va a cabalgar.
—Corre, corre, hijo del rey,
que no me habrás de alcanzar
hasta en casa de mi padre
si quieres irme a buscar.
Campanitas de mi iglesia,
ya os oigo repicar;
puentecito, puentecito
del río de mi lugar,
una vez te pasé virgen,
virgen te vuelvo a pasar.
Abra las puertas, mi padre,
ábralas de par en par.
Madre, sáqueme la rueca
que traigo ganas de hilar,
que las armas y el caballo
bien los supe manejar.
Tras ella el hijo del rey
a la puerta fue a llamar.

LÍRICA

SONETO DE QUEVEDO

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce Tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito .

SONETO DE GARCILASO DE LA VEGA

A Dafne ya los brazos le crecían,
y en luengos ramos vueltos se mostraba;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que el oro escurecían.

De áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros, que aún bullendo estaban:
los blancos pies en tierra se hincaban,
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado! ¡oh mal tamaño!
¡Que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón porque lloraba!

ÍBASE LA NIÑA

Íbase la niña,
noche de San Juan,
a coger los aires
al fresco del mar.
Miraba los remos
que remando van
cubiertos de flores,
flores de azahar.
Salió un caballero
por el arenal,
dijérale amores,
cortés y galán.
Respondió la esquivada,
quísola abrazar,
con temor que tiene
huyendo se va.
Salió al camino
otro por burlar,
las hermosas manos
le quiere tomar.
Entre estos desvíos
perdidos se han
sus ricos zarcillos;
vanlos a buscar.

«¡Dejadme llorar,
orillas del mar!»
«¡Por aquí, por allí los vi,
por aquí deben de estar!»

LOPE DE VEGA

Lloraba la niña,
no los puede hallar,
danle para ellos,
quiérenla engañar.

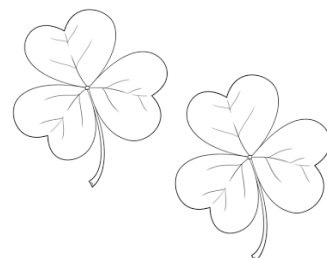
«¡Dejadme llorar,
orillas del mar!»
«¡Por aquí, por allí los vi,
por aquí deben de estar!»

«Tomad, niña, el oro
y no lloréis más,
que todas las niñas
nacen en tomar,
que las que no toman
después llorarán
el no haber tomado
en su verde edad.»

A COGER EL

TRÉBOLE

Al coger el trébole,
el trébole, el trébole,
A coger el trébole
La noche de San Juan.
A coger el trébole,
el trébole, el trébole,
A coger el trébole
Los mis amores van.
(Anónimo, popular)



CANCIÓN DEL PIRATA, de José de Espronceda

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín;

bajel pirata que llaman,
por su bravura, el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riel,
en la lona gime el viento
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y va el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul;

—Navega velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho,
del inglés,

y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra,
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

A la voz de ¡barco viene!
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar:
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:

sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

¡Sentenciado estoy a
muerte!
yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena
quizá en su propio navío.

cuando el yugo
de un esclavo
como un bravo
sacudí.

Y si caigo
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

Son mi música mejor
aquilones
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,

yo me duermo
sosegado
arrullado
por el mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*



RIMA XXIV, de Gustavo Adolfo Bécquer

Dos rojas lenguas de fuego
Que, á un mismo tronco enlazadas,
Se aproximan, y al besarse
Forman una sola llama;

Dos notas que del laúd
A un tiempo la mano arranca,
Y en el espacio se encuentran
Y armoniosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas
A morir sobre una playa,
Y que al romper se coronan
Con un penacho de plata;

Dos jirones de vapor
Que del lago se levantan,
Y al juntarse allí en el cielo
Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan.
Dos besos que á un tiempo estallan,
Dos ecos que se confunden...
Eso son nuestras dos almas.



RIMA LXXVIII (Amor eterno)

Podrá nublarse el sol eternamente;
podrá secarse en un instante el mar;
podrá romperse el eje de la tierra
como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte
cubrirme con su fúnebre crespón;
pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor.



A UN OLMO SECO, de Antonio Machado

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.



ÍTACA, de Constantino Kavafis

Cuando te encuentres de camino a Ítaca,
desea que sea largo el camino,
lleno de aventuras, lleno de conocimientos.
A los Lestrigones y a los Cíclopes,
al enojado Poseidón no temas,
tales en tu camino nunca encontrarás,
si mantienes tu pensamiento elevado, y selecta
emoción tu espíritu y tu cuerpo tienta.
A los Lestrigones y a los Cíclopes,
al fiero Poseidón no encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si tu alma no los coloca ante ti.

Desea que sea largo el camino.
Que sean muchas las mañanas estivales
en que con qué alegría, con qué gozo
arribes a puertos nunca antes vistos,
detente en los emporios fenicios,
y adquiere mercancías preciosas,
nácares y corales, ámbar y ébano,
y perfumes sensuales de todo tipo,
cuántos más perfumes sensuales puedas,
ve a ciudades de Egipto, a muchas,
aprende y aprende de los instruidos.

Ten siempre en tu mente a Ítaca.
La llegada allí es tu destino.
Pero no apresures tu viaje en absoluto.
Mejor que dure muchos años,
y ya anciano recales en la isla,
rico con cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que te dé riquezas Ítaca.

Ítaca te dio el bello viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene más que darte.

Y si pobre la encuentras, Ítaca no te engañó.
Así sabio como te hiciste, con tanta experiencia,
comprenderás ya qué significan las Ítacas

DERECHO FUNDAMENTAL, de David Mayor

Un amigo es agua para beber,
cierta manera de pedir un vaso, el grifo
que se abre, las líneas de un río
en el que sumergirse
a leer el claro lado de la vida.



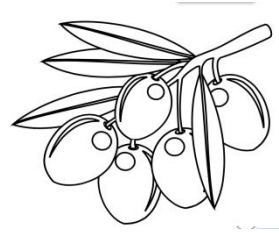
TESTAMENTO DE JEFF BUCKLEY

Un nadador divide la soledad en dos:
la primera es del agua;
la segunda, del cielo.

Jesús Jiménez Domínguez



TEATRO



Las Aceitunas. PASO DE LOPE DE RUEDA.

Personajes:

TORUVIO, simple, viejo.

ÁGUEDA DE TORUÉGANO, su mujer.

MENCIGÜELA, su hija.

ALOXÁ, vecino

La escena representa el interior de una pobre casa campesina. Mencigüela se encuentra, adormilada, en un escaño.

TORUVIO: *(Desde el interior, antes de entrar en escena, llamando con fuertes golpes*

a la puerta.) ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde la quebrada del monte acá: parecía que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! ¡A saber Dios lo que me habrá preparado mi mujer de comida! ¡Mala rabia la mate! ¡Mencigüela! ¿Me escuchas? ¡Mencigüela! ¡Aquí duermen todos como troncos! ¡Águeda, mujer!

MENCIGÜELA: ¡Jesús, padre! ¡que vas a romperme la puerta!

TORUVIO: *(Entrando)* ¡Mira qué pico, mira qué pico! ¿Y adónde está tu madre?

MENCIGÜELA: Allá está, en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a hilar unas madejillas.

TORUVIO: ¡Malas madejillas vengán por ella y por ti! ¡Anda y llámala!

ÁGUEDA. Ya estoy aquí, gritón. Qué, ¡seguro que vienes de traer una miserable carga de leña! ¡No hay quien te entienda!

TORUVIO: Sí..., ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo que la estábamos cargando tu ahijado y yo y no podíamos con ella!

ÁGUEDA: ¡Pues en buena hora! ¡Cómo vienes de empapado!

TORUVIO: ¡Como una sopa! Pero mujer, no te quedes ahí como un pasmarote. ¡Dame algo de cenar!

ÁGUEDA: ¿Yo darte de cenar? Tú me dirás con qué, porque no queda ni un mendrugo.

MENCIGÜELA: ¡Jesús, padre, qué mojada venía aquella leña!

TORUVIO: Sí, ¡para que luego diga tu madre que..!

ÁGUEDA: Corre, hija; prepárale a tu padre un par de huevos para que cene, y hazle

luego la cama. Por cierto, marido, ¿a que no te acordaste de plantar aquel retoño de olivo que te pedí que plantaras? (*Mencigüela se pone a hacer la cena*).

TORUVIO. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantarlo, tal como querías, lista?

ÁGUEDA. ¡Ah! ¿Y dónde lo plantaste, si puede saberse?

TORUVIO. Allí, junto a la higuera, donde, ¿te acuerdas, picarona?, te di un beso.

MENCIGÜELA: ¡Hum, hum! Padre, la mesa está preparada, ya puedes pasar a cenar.

ÁGUEDA: Marido, ¿a que no sabes lo que estoy pensando? Que este árbol que hoy has plantado, de aquí a seis o siete años dará unos doscientos kilos de aceitunas. Y plantando aquí, plantando allá, de aquí a veinticinco o treinta años tendrás un olivar hecho y derecho.

TORUVIO: Pues, sí, podría ser. Y, bien pensado, no estaría nada mal, ¿eh?

ÁGUEDA: Mira, marido, ¿sabes qué estoy pensando? Que yo cogeré la aceituna y tú

la acarrearás con el burro, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y cuidado, muchacha, no se te ocurra dar el kilo por menos de veinte duros.

TORUVIO: ¿Cómo a veinte duros? ¿No ves que es un cargo de conciencia y que, incluso, nos podrían denunciar? ¡Con catorce o quince duros ya vale!

ÁGUEDA: ¡Mira el generoso este!

TORUVIO: Ni generoso ni nada. Basta pedir lo que he dicho.

ÁGUEDA: Ahora no me calientes la cabeza. Mira, hija, tú hazme caso a mí, por menos de veinte duros el kilo, nada.

TORUVIO: ¿Cómo que a veinte duros? Ven aquí, hija, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA: A como tú quieras, padre.

TORUVIO: A catorce o quince duros.

MENCIGÜELA: Así lo haré, padre.

ÁGUEDA: ¿Cómo «así lo haré, padre»? Ven aquí, hija. ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA. A como tú mandes, madre.

ÁGUEDA. A veinte duros.

TORUVIO. ¿Cómo a veinte duros? Te aseguro que si no lo haces como yo te mando, que cojo el cinto y te doy más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA: A como tú dices, padre.

TORUVIO: A catorce o quince duros.

MENCIGÜELA: Así lo haré, padre.

ÁGUEDA: (*Cogiendo a Mencigüela por un brazo en plan amenazante.*) ¿Cómo «así lo

haré, padre»? Vaya, vaya, ¡haz como yo te he mandado, eh!

TORUVIO: ¡Pero deja a la muchacha! *Ambos tiran de Mencigüela, cada uno de un brazo.*

MENCIGÜELA. ¡Ay, madre! ¡Ay, padre, que me matas!

ALOXÁ: *(Desde la puerta.)* Pero, ¿qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

ÁGUEDA: ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO: Yo os juro por todos los huesos de mis antepasados que no son aún ni siquiera como piñones.

ÁGUEDA: Averígüelo, o que se vaya todo al diablo.

ALOXÁ: Ahora, vecino, dime: ¿qué es lo de las aceitunas? Sácalas aquí, que yo las compraré aunque sean mil kilos.

TORUVIO: Que no, vecino, que no es como piensas, que no están aquí las aceitunas, sino en el campo.

ALOXÁ: Pues tráelas, que yo las compraré todas al precio que fuera justo.

MENCIGÜELA: A veinte duros el kilo quiere mi madre.

ALOXÁ: Muy caro es eso.

TORUVIO. ¿Verdad que sí?

MENCIGÜELA. Y mi padre, a catorce o quince duros.

ALOXÁ. De acuerdo; pero enséñame una muestra de tus aceitunas.

TORUVIO. ¡Vágame Dios! Es que no me quieres entender, vecino. Hoy he plantado un retoño de olivo, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años dará unos doscientos kilos de aceitunas, y que ella las cogerá, yo las acarrearía y la muchacha las vendería. Y se ha empeñado en venderlas, con lo cara que está la vida, a veinte duros el kilo. Yo, que no; y ella que sí. Y ésta ha sido la cuestión.

ALOXÁ. ¡Anda, que no tiene gracia la cosa! ¡Si no lo veo..! Las aceitunas no están plantadas y ya, por culpa de ellas, la muchacha se ha llevado una paliza!

MENCIGÜELA. ¿Qué le parece, señor?

TORUVIO: No llores, mujer. La chica, señor, es como un oro. Ahora vete, hija, y ponme la mesa, que te prometo comprarte un precioso vestido con el primer dinero que saquemos de las venta de las aceitunas.

ALOXÁ. Oye, vecino, entra allí dentro y haz las paces con tu mujer.

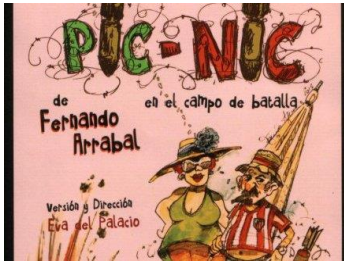
TORUVIO. Adiós, amigo.

ALOXA: ¡Lo que hay que ver! ¡Los olivos aún no están plantados, y ya hemos tenido la primera bronca por su culpa! Sí, será cuestión de irme. Adiós.

LOPE DE RUEDA (adaptación)

PIC-NIC

Fernando Arrabal



PERSONAJES

ZAPO, soldado

ZEPO, soldado

SEÑOR TEPÁN, padre de Zapo

SEÑORA TEPÁN, madre de Zapo

DOS CAMILLEROS

DECORADO

Campo de batalla. Cruza el escenario, de derecha a izquierda, una alambrada. Junto a esta alambrada hay unos sacos de tierra.

(La batalla hace furor. Se oyen tiros, bombazos, ráfagas de ametralladora. ZAPO, solo en escena, está acurrucado entre los sacos. Tiene mucho miedo. Cesa el combate. Silencio, ZAPO saca de una cesta de tela una madeja de lana y unas agujas. Se pone a hacer un jersey que ya tiene bastante avanzado. Suena el timbre del teléfono de campaña que ZAPO tiene a su lado.)

ZAPO.—Diga... Diga... A sus órdenes mi capitán... En efecto, soy el centinela de la cota 47... Sin novedad, mi capitán... Perdone, mi capitán, ¿cuándo empieza otra vez la batalla?... Y las bombas, ¿cuándo las tiro?... ¿Pero, por fin, hacia dónde las tiro, hacia atrás o hacia adelante?... No se ponga usted así conmigo. No lo digo para molestarle... Capitán, me encuentro muy solo. ¿No podría enviarme un compañero?... Aunque sea la cabra... *(El capitán le riñe.)* A sus órdenes... A sus órdenes, mi capitán.

(ZAPO cuelga el teléfono. Refunfuña.)

Silencio. Entra en escena el matrimonio TEPÁN con cestas, como si viniera a pasar un día de campo. Se dirigen a su hijo, ZAPO, que, de espaldas y escondido entre los sacos, no ve lo que pasa.

SR. TEPÁN.—*(Ceremoniosamente.)* Hijo, levántate y besa en la frente a tu madre. *(ZAPO, aliviado y sorprendido, se levanta y besa en la frente a su madre con mucho respeto. Quiere hablar. Su padre lo interrumpe.)* Y ahora, bésame a mí. *(Lo besa en la frente.)*

ZAPO.—Pero papaitos, ¿cómo os habéis atrevido a venir aquí con lo peligroso que es? Iros inmediatamente.

SR. TEPÁN.—¿Acaso quieres dar a tu padre una lección de guerras y peligros? Esto para mí es un pasatiempo. Cuántas veces, sin ir más lejos, me he bajado del Metro en marcha.

SRA. TEPÁN.—Hemos pensado que te aburrirías, por eso te hemos venido a ver. Tanta guerra te tiene que aburrir.

ZAPO.—Eso depende.

SR. TEPÁN.—Muy bien sé yo lo que pasa. Al principio la cosa de la novedad gusta. Eso de matar y de tirar bombas y de llevar casco que hace tan elegante, resulta agradable, pero terminará por fastidiarte. En mi tiempo hubiera pasado otra cosa. Las guerras eran mucho más variadas, tenían color. Y, sobre todo, había caballos, muchos caballos. Daba gusto: que el capitán decía: “al ataque”, ya estábamos allí todos con el caballo y el traje de color rojo. Eso era bonito. Y luego, unas galopadas con la espada en la mano y ya estábamos frente al enemigo, que también estaba a la altura de las circunstancias, con sus caballos – los caballos nunca faltaban, muchos caballos y muy gorditos– y sus botas de charol y sus trajes verdes.

SRA. TEPÁN.—No, no eran verdes los trajes del enemigo, eran azules. Lo recuerdo muy bien, eran azules.

SR. TEPÁN.—Te digo que eran verdes.

SRA. TEPÁN.—No, te repito que eran azules. Cuántas veces, de niñas, no asomábamos al balcón para ver batallas y yo le decía al vecinito: “Te apuesto una chocolatina a que ganan los azules”. Y los azules eran nuestros enemigos.

SR. TEPÁN.—Bueno, para ti la perra gorda.

SRA. TEPÁN.—Yo siempre he sido muy aficionada a las batallas. Cuando niña, siempre decía que sería, de mayor, coronel de caballería. Mi mamá se opuso, ya conoces sus ideas anticuadas.

SR. TEPÁN.—Tu madre siempre tan burra.

ZAPO.—Perdonadme. Os tenéis que marchar. Está prohibido venir a la guerra si no se es soldad.

SR. TEPÁN.—A mí me importa un pito. Nosotros no venimos al frente para hacer la guerra. Sólo queremos pasar un día de campo contigo, aprovechando que es domingo.

SRA. TEPÁN.—Precisamente he preparado una comida muy buena. He hecho una tortilla de patatas que tanto te gusta, unos bocadillos de jamón, vino tinto, ensalada y pasteles.

ZAPO.—Bueno, lo que queráis, pero si viene el capitán, yo diré que no sabía nada. Menudo se va a poner. Con lo que le molesta a él eso de que haya visitas en la guerra. Él nos repite siempre: “En la guerra, disciplina y bombas, pera nada de visitas”.

SR. TEPÁN.—No te preocupes, ya le diré yo un par de cosas a ese capitán.

ZAPO.—¿Y si comienza otra vez la batalla?

SR. TEPÁN.—¿Te piensas que me voy a asustar? En peores me he visto. Y si aún fuera como antes, cuando había batallas con caballos gordos. Los tiempos han cambiado ¿comprendes? (*Pausa.*) Hemos venido en motocicleta. Nadie nos ha dicho nada.

ZAPO.—Supondrían que erais los árbitros.

SR. TEPÁN.—Lo malo fue que, como había tantos tanques y jeeps, resultaba muy difícil avanzar.

SRA. TEPÁN.—Y luego, al final, acuérdate aquel cañón que hizo un atasco.

SR. TEPÁN.—De las guerras, es bien sabido, se puede esperar todo.

SRA. TEPÁN.—Bueno, vamos a comer.

SR. TEPÁN.—Sí, vamos, que tengo un apetito enorme. A mí, este tufillo de pólvora, me abre el apetito.

SRA. TEPÁN.—Comeremos aquí mismo, sentados sobre la manta.

ZAPO.—¿Como con el fusil?

SRA. TEPÁN.—Nada de fusiles. Es de mala educación sentarse a la mesa con fusil. (*Pausa.*) Pero qué sucio estás, hijo mío... ¿Cómo te has puesto así? Enséñame las manos.

ZAPO.—(*Avergonzado se las muestra.*) Me he tenido que arrastrar por el suelo con eso de las maniobras.

SRA. TEPÁN.—Y las orejas ¿qué?

ZAPO.—Me las he lavado esta mañana.

SRA. TEPÁN.—Bueno, pueden pasar. ¿Y los dientes? (*Enseña los dientes.*) Muy bien. ¿Quién le va a dar a su niño un besito por haberse lavado los dientes? (*A su marido.*) Dale un beso a tu hijo que se ha lavado los dientes. (*El SR. TEPÁN besa a su hijo.*) Porque lo que no se te puede consentir es que con el cuento de la guerra te dejes de lavar.

ZAPO.—Sí, mamá. (*Se ponen a comer.*)

SR. TEPÁN.—Qué hijo mío, ¿has matado muchos?

ZAPO.—¿Cuándo?

SR. TEPÁN.—Pues estos días.

ZAPO.—¿Dónde?

SR. TEPÁN.—Pues en esto de la guerra.

ZAPO.—No mucho. He matado poco. Casi nada.

SR. TEPÁN.—¿Qué es lo que has matado más, caballos enemigos o soldados?

ZAPO.—No, caballos no. No hay caballos.

SR. TEPÁN.—¿Y soldados?

ZAPO.—A lo mejor.

SR. TEPÁN.—¿A lo mejor? ¿Es que no estás seguro?

ZAPO.—Sí, es que disparo sin mirar. (*Pausa*) De todas formas, disparo muy poco. Y cada vez que disparo, rezo un Padrenuestro por el tío que he matado.

SR. TEPÁN.—Tienes que tener más valor. Como tu padre.

SRA. TEPÁN.—Voy a poner un disco en el gramófono.

Pone un disco. Los tres, sentados en el suelo, escuchan.

SR. TEPÁN.—Eso es música, sí señor.

Continúa la música. Entra un soldado enemigo: ZEPO. Viste como ZAPO. Sólo cambia el color del traje. ZEPO va de verde y ZAPO de gris. ZEPO, extasiado, oye la música a espaldas de la familia TEPÁN. Termina el disco. Al ponerse de pie, ZAPO descubre a ZEPO. Ambos ponen manos arriba llenos de terror. Los esposos TEPÁN los contemplan extrañados.

SR. Y SRA. TEPÁN.- ¿Qué pasa?

ZAPO reacciona. Duda. Por fin, muy decidido, apunta con el fusil a ZEPO.

ZAPO.- ¡Manos arriba!

ZEPO levanta aún más las manos, todavía más amedrentado. ZAPO no sabe qué hacer. De pronto va hacia ZEPO y le golpea suavemente en el hombro mientras le dice:

ZAPO: ¡Pan y tomate para que no te escapes!

SR. TEPÁN.- Bueno, ¿y ahora qué?

ZAPO.- Pues ya ves, a lo mejor, en premio, me hacen cabo.

SR. TEPÁN.- Átale, no sea que se escape.

ZAPO.- ¿Por qué atarle?

SRA. TEPÁN.- Pero, ¿es que aún no sabes que a los prisioneros hay que atarles inmediatamente?

ZAPO.- ¿Cómo le ato?

SR. TEPÁN.- Átale las manos.

SRA. TEPÁN.- Sí. Eso sobre todo. Hay que atarle las manos. Siempre he visto que se hace así.

ZAPO.- Bueno. *(Al prisionero.)* Haga el favor de poner las manos juntas, que le voy a atar.

ZEPO.- No me haga mucho daño.

ZAPO.- No.

ZEPO.- Ay, qué daño me hace...

SR. TEPÁN.- Hijo, no seas burro. No maltrates al prisionero.

SRA. TEPÁN.- ¿Eso es lo que yo te he enseñado? ¿Cuántas veces te he repetido que hay que ser bueno con todo el mundo?

ZAPO.- Lo había hecho sin mala intención. *(A ZEPO.)* ¿Y así, le hace daño?

ZEPO.- No. Así no.

SR. TEPÁN.- Diga usted la verdad. Con toda confianza. No se avergüence porque estemos delante. Si le molestan, díganoslo y se las ponemos más suavemente.

ZEPO.—Así está bien.

SR. TEPÁN.—Hijo, átales también los pies para que no se escape.

ZAPO.—¿También los pies? Qué de cosas...

SR. TEPÁN.—Pero, ¿es que no te han enseñado las ordenanzas?

ZAPO.—Sí.

SR. TEPÁN.—Bueno, pues todo eso se dice en las ordenanzas.

ZAPO.—(*Con buenas maneras.*) Por favor, tenga la bondad de sentarse en el suelo que le voy a atar los pies.

ZEPO.—Pero no me haga daño como la primera vez.

SR. TEPÁN.—Ahora te vas a ganar que te tome tirria.

ZAPO.—No me tomará tirria. ¿Le hago daño?

ZEPO.—No. Ahora está perfecto.

ZAPO.—(*Iluminado por una idea.*) Papá, hazme una foto con el prisionero en el suelo y yo con un pie sobre su tripa. ¿Te parece?

SR. TEPÁN.—¡Ah, sí! ¡Qué bien va a quedar!

ZEPO.—No. Eso no.

SRA. TEPÁN.—Pero total, una foto de nada no tiene importancia para usted, y nosotros podríamos colocarla en el comedor junto al diploma de salvador de náufragos que ganó mi marido hace trece años...

ZEPO.—No crean que me van a convencer.

ZAPO.—Pero, ¿por qué no quiere?

ZEPO.—Es que tengo una novia, y si luego ella ve la foto va a pensar que no sé hacer la guerra.

ZAPO.—No. Dice usted que no es usted; que lo que hay debajo es una pantera.

SRA. TEPÁN.—Anda, diga usted que sí.

ZEPO.—Bueno. Pero sólo para hacerles un favor.

ZAPO.—Póngase completamente tumbado.

(*ZEPO se tiende sobre el suelo. ZAPO coloca un pie sobre su tripa y, con aire muy fiero, agarra el fusil.*)

SRA. TEPÁN.—Saca más el pecho.

ZAPO.—¿Así?

SRA. TEPÁN.—Sí. Eso. Así. Sin respirar.

SR. TEPÁN.—Pon más cara de héroe.

ZAPO.—¿Cómo es la cara de héroe?

SR. TEPÁN.—Es bien sencillo: por la misma cara que ponía el carnicero cuando contaba sus conquistas amorosas.

ZAPO.—¿Así?

SR. TEPÁN.—Sí, así.

SRA. TEPÁN.—Sobre todo, hincha bien el pecho y no respire.

ZEPO.—Pero, ¿van a terminar de una vez?

SRA. TEPÁN.—Tenga un poco de paciencia. A la una, a las dos y... a las tres.

ZAPO.—Tengo que haber salido muy bien.

SRA. TEPÁN.—Sí, tenías el aire muy marcial.

SR. TEPÁN.—Sí, has quedado muy bien.

SRA. TEPÁN.—A mí también me han entrado ganas de hacerme una contigo.

SR. TEPÁN.—Sí, una nuestra quedará también muy bien.

ZAPO.—Bueno, si queréis yo os la hago.

SRA. TEPÁN.—¿Me dejarás el casco para hacer más militar?

ZEPO.—No quiero más fotos. Con una ya hay de sobra.

ZAPO.—No se ponga usted así. ¿A usted qué más le da?

ZEPO.—Nada, no consiento que me hagan más fotos. Es mi última palabra.

SR. TEPÁN.—(A su mujer.) No insistáis más. Los prisioneros suelen ser muy susceptibles. Si continuamos así, se disgustará y nos ahogará la fiesta.

ZAPO.—Bueno, ¿y qué hacemos ahora con el prisionero?

SRA. TEPÁN.—Lo podemos invitar a comer. ¿Te parece?

SR. TEPÁN.—Por mí no hay inconveniente.

ZAPO.—(A ZEPO.) ¿Qué? ¿Quiere comer con nosotros?

ZEPO.—Pues...

SR. TEPÁN.—Hemos traído un buen tintorro.

ZEPO.—Si es así, bueno.

SR. TEPÁN.—Usted haga como si estuviera en su casa. Pídanos lo que quiera.

ZEPO.—Bueno.

SR. TEPÁN.—¿Qué? ¿Y usted, ha matado a muchos?

ZEPO.—¿Cuándo?

SR. TEPÁN.—Pues estos días.

ZEPO.—¿Dónde?

SR. TEPÁN.—Pues en esto de la guerra.

ZEPO.—No mucho. He matado poco. Casi nada.

SR. TEPÁN.—¿Qué es lo que ha matado más, caballos enemigos o soldados?

ZEPO.—No, caballos no. No hay caballos.

SR. TEPÁN.—¿Y soldados?

ZEPO.—A lo mejor.

SR. TEPÁN.—¿A lo mejor? ¿Es que no está seguro?

ZEPO.—Sí, es que disparo sin mirar. *(Pausa.)* De todas formas, disparo muy poco. Y cada vez que disparo, rezo un Avemaría por el tío que he matado.

SR. TEPÁN.—¿Un Avemaría? Yo creí que rezaría un Padrenuestro.

ZEPO.—No. Siempre un Avemaría. *(Pausa.)* Es más corto.

SR. TEPÁN.—Ánimo, hombre. Hay que tener más valor.

SRA. TEPÁN.—*(A ZEPO.)* Si quiere usted, le soltamos las ligaduras.

ZEPO.—No, déjelo, no tiene importancia.

SR. TEPÁN.—No vaya usted ahora a andar con vergüenza con nosotros. Si quiere que le soltemos las ligaduras, díganoslo.

SRA. TEPÁN.—Usted póngase lo más cómodo que pueda.

ZEPO.—Bueno, si se ponen así, suélteme las ligaduras. Pero sólo se lo digo por darles gusto.

SR. TEPÁN.—Hijo, quítaselas. *(ZAPO le quita las ligaduras de los pies.)*

SRA. TEPÁN.—¿Qué, se encuentra usted mejor?

ZEPO.—Sí, sin duda. A lo mejor los estoy molestando mucho.

SR. TEPÁN.—Nada de molestarnos. Usted, considérese como en su casa. Y si quiere que le soltemos las manos, no tiene nada más que decírmelo.

ZEPO.—No. Las manos no. Es pedir demasiado.

SR. TEPÁN.—Que no, hombre, que no. Ya le digo que no nos molesta en absoluto.

ZEPO.—Bueno... entonces, desátenme las manos. Pero sólo para comer, ¿eh?, que no quiero yo que me digan luego que me ofrecen el dedo y me tomo la mano entera.

SR. TEPÁN.—Niño, quítale las ligaduras de las manos.

SRA. TEPÁN.—Qué bien, con lo simpático que es el señor prisionero, vamos a pasar un buen día de campo.

ZEPO.—No tiene usted que decirme “señor prisionero”, diga “prisionero” a secas.

SRA. TEPÁN.—¿No le va a molestar?

ZEPO.—No, en absoluto.

SR. TEPÁN.—Desde luego hay que reconocer que es usted modesto.

Ruido de aviones.

ZAPO.—Aviones. Seguramente van a bombardearnos.

ZAPO y ZEPO se esconden, a toda prisa, entre los sacos terreros. Se impone poco a poco el ruido de los aviones. Inmediatamente empiezan a caer bombas. Explotan cerca, pero ninguna cae en el escenario. Gran estruendo. ZAPO y ZEPO están acurrucados entre los sacos. El SR. TEPÁN habla tranquilamente con su esposa. Ella le responde en un tono también muy tranquilo. No se oye su diálogo a causa del bombardeo. La SRA. TEPÁN se dirige a una de las cestas y saca un paraguas. Lo abre. Los TEPÁN se cubren con el paraguas como si estuviera lloviendo. Están de pie. Parecen mecerse con una cadencia tranquila apoyándose alternativamente en uno y otro pie mientras hablan de sus cosas. Continúa el bombardeo. Los aviones se van alejando. Silencio. El SR. TEPÁN extiende un brazo y lo saca del paraguas para asegurarse de que ya no cae nada del cielo.

SR. TEPÁN.—(A su mujer.) Puedes cerrar ya el paraguas.

(La SRA. TEPÁN lo hace. Ambos se acercan a su hijo y le dan unos golpecitos en el culo con el paraguas.) Ya podéis salir. El bombardeo ha terminado.

ZAPO y ZEPO salen de su escondite.

ZAPO.—¿No os ha pasado nada?

SR. TEPÁN.—¿Qué querías que le pasara a tu padre? *(Con orgullo.)* Bombitas a mí...

Entra, por la izquierda, una pareja de soldados de la Cruz Roja. Llevan una camilla.

PRIMER CAMILLERO.—¿Hay muertos?

ZAPO.—No. Aquí no.

PRIMER CAMILLERO.—¿Está seguro de haber mirado bien?

ZAPO.—Seguro.

PRIMER CAMILLERO.—¿Y no hay ni un solo muerto?

ZAPO.—Ya le digo que no.

PRIMER CAMILLERO.—¿Ni siquiera un herido?

ZAPO.—No.

CAMILLERO SEGUNDO.—¡Pues estamos apañados! *(A ZAPO, con un tono persuasivo.)* Mire bien por todas partes a ver si encuentra un fiambre.

PRIMER CAMILLERO.—No insistas. Ya te han dicho que no hay.

CAMILLERO SEGUNDO.—¡Vaya jugada!

ZAPO.—Lo siento muchísimo. Les aseguro que no lo he hecho aposta.

PRIMER CAMILLERO.—Venga, hombre, no molestes al caballero.

SR. TEPÁN.—(*Servicial.*) Si podemos ayudarle lo haremos con gusto. Estamos a sus órdenes.

CAMILLERO SEGUNDO.—Bueno, pues si seguimos así ya verás lo que nos va a decir el capitán.

SR. TEPÁN.—¿Pero qué pasa?

PRIMER CAMILLERO.—Sencillamente, que los demás tienen ya las muñecas rotas a fuerza de transportar cadáveres y heridos y nosotros todavía sin encontrar nada. Y no será porque no hemos buscado...

SR. TEPÁN.—Desde luego que es un problema. (*A ZAPO.*) ¿Estás seguro de que no hay ningún muerto?

ZAPO.—Pues claro que estoy seguro, papá.

SR. TEPÁN.—¿Has mirado bien debajo de los sacos?

ZAPO.—Sí, papá.

SR. TEPÁN.—(*Muy disgustado.*) Lo que te pasa a ti es que no quieres ayudar a estos señores. Con lo agradables que son. ¿No te da vergüenza?

PRIMER CAMILLERO.—No se ponga usted así, hombre. Déjelo tranquilo. Esperemos tener más suerte y que en otra trinchera hayan muerto todos.

SR. TEPÁN.—No sabe cómo me gustaría.

SRA. TEPÁN.—A mí también me encantaría. No puede imaginar cómo aprecio a la gente que ama su trabajo.

SR. TEPÁN.—(*Indignado, a todos.*) Entonces, ¿qué? ¿Hacemos algo o no por estos señores?

ZAPO.—Si de mí dependiera, ya estaría hecho.

ZEPO.—Lo mismo digo.

SR. TEPÁN.—Pero, vamos a ver, ¿ninguno de los dos está ni siquiera herido?

ZAPO.—(*Avergonzado.*) No, yo no.

SR. TEPÁN.—(*A ZEPO.*) ¿Y usted?

ZEPO.—(*Avergonzado.*) Yo tampoco. Nunca he tenido suerte...

SRA. TEPÁN.—(*Contenta.*) ¡Ahora que me acuerdo! Esta mañana al pelar las cebollas me di un corte en el dedo. ¿Qué les parece?

SR. TEPÁN.—¡Perfecto! (*Entusiasmado.*) En seguida te llevan.

PRIMER CAMILLERO.—No. Las señoras no cuentan.

SR. TEPÁN.—Pues estamos en lo mismo.

PRIMER CAMILLERO.—No importa.

CAMILLERO SEGUNDO.—A ver si nos desquitamos en las otras trincheras.

(Empiezan a salir)

SR. TEPÁN.—No se preocupen ustedes, si encontramos un muerto, se lo guardamos. Estén ustedes tranquilos que no se lo daremos a otros.

CAMILLERO SEGUNDO.—Muchas gracias, caballero.

SR. TEPÁN.—De nada, amigo. Pues no faltaba más...

(Los camilleros les dicen adiós al despedirse y los cuatro responden.

Salen los camilleros.)

SRA. TEPÁN.—Esto es lo agradable de salir los domingos al campo. Siempre se encuentra gente simpática. *(Pausa.)* Y usted, ¿por qué es enemigo?

ZEPO.—No sé de estas cosas. Yo tengo muy poca cultura.

SRA. TEPÁN.—¿Es de nacimiento, o se hizo usted enemigo más tarde?

ZEPO.—No sé. Ya le digo que no sé.

SR. TEPÁN.—Entonces, ¿cómo ha venido a la guerra?

ZEPO.—Yo estaba un día en mi casa arreglando la plancha eléctrica de mi madre cuando vino un señor y me dijo: “¿Es usted Zepo?” “Sí.” “Pues me han dicho que tienes que ir a la guerra.” Y yo entonces le pregunté: “Pero, ¿a qué guerra?”. Y él me dijo: “Qué bruto eres, ¿es que no lees los periódicos?”. Yo le dije que sí, pero que no lo de las guerras...

ZAPO.—Igualito, igualito me pasó a mí.

SR. TEPÁN.—Sí, igualmente te vinieron a ti a buscar.

SRA. TEPÁN.—No, no era igual, aquel día tú no estabas arreglando una plancha eléctrica, sino una avería del coche.

SR. TEPÁN.—Digo en lo otro. *(A ZEPO.)* Continúe. ¿Y qué pasó luego?

ZEPO.—Le dije que además tenía novia y que si no iba conmigo al cine los domingos lo iba a pasar muy aburrido. Me respondió que eso de la novia no tenía importancia.

ZAPO.—Igualito, igualito me pasó a mí.

ZEPO.—Luego bajó mi padre y dijo que yo no podía ir a la guerra porque no tenía caballo.

ZAPO.—Igualito dijo mi padre.

ZEPO.—Pero el señor dijo que no hacía falta caballo y yo le pregunté si podía llevar a mi novia, y me dijo que no. Entonces le pregunté si podía llevar a mi tía para que me hiciera natillas los jueves, que me gustan mucho.

SRA. TEPÁN.—*(Dándose cuenta de que ha olvidado algo.)* ¡Ay, las natillas!

ZEPO.—Y me volvió a decir que no.

ZAPO.—Igualito me pasó a mí.

ZEPO.—Y, desde entonces, casi siempre estoy solo en esta trinchera.

SRA. TEPÁN.—Yo creo que ya que el señor prisionero y tú os encontráis tan cerca y tan aburridos, podríais reuniros todas las tardes para jugar juntos.

ZAPO.—Ay, no mamá. Es un enemigo.

SR. TEPÁN.—Nada, hombre, no tengas miedo.

ZAPO.—Es que si supieras lo que el general nos ha contado de los enemigos.

SRA. TEPÁN.—¿Qué ha dicho el general?

ZAPO.—Pues nos ha dicho que los enemigos son muy malos, muy malos muy malos. Dice que cuando cogen prisioneros les ponen chinitas en los zapatos para que cuando anden se hagan daño.

SRA. TEPÁN.—¡Qué barbaridad! ¡Qué malísimos son!

SR. TEPÁN.—(A ZEPO, *indignado*.) ¿Y no le da a usted vergüenza pertenecer a ese ejército de criminales?

ZEPO.—Yo no he hecho nada. Yo no me meto con nadie.

SRA. TEPÁN.—Hemos hecho mal en desatarlo; a lo mejor, si nos descuidamos, nos mete unas chinitas en los zapatos.

ZEPO.—No se pongan conmigo así.

SR. TEPÁN.—¿Y cómo quiere que nos pongamos? Esto me indigna. Ya sé lo que voy a hacer: voy a ir al capitán y le voy a pedir que me deje entrar en la guerra.

ZAPO.—No te van a dejar. Eres demasiado viejo.

SR. TEPÁN.—Pues entonces me compraré un caballo y una espada y vendré a hacer la guerra por mi cuenta.

SRA. TEPÁN.—Muy bien. De ser hombre, yo haría lo mismo.

ZEPO.—Señora, no se ponga así conmigo. Además le diré que a nosotros nuestro general nos ha dicho lo mismo de ustedes.

SRA. TEPÁN.—¿Cómo se ha atrevido a mentir de esa forma?

ZAPO.—Pero, ¿todo igual?

ZEPO.—Exactamente igual.

SR. TEPÁN.—¿No sería el mismo el que os habló a los dos?

SRA. TEPÁN.—Pero si es el mismo, por lo menos podría cambiar el discurso. También tiene poca gracia eso de que a todo el mundo le diga las mismas cosas.

SR. TEPÁN.—(A ZEPO, *cambiando el tono*.) ¿Quiere otro vasito?

SRA. TEPÁN.—Espero que nuestro almuerzo le haya gustado...

SR. TEPÁN.—Por lo menos ha estado mejor que el del domingo pasado.

ZEPO.—¿Qué les paso?

SR. TEPÁN.—Pues que salimos al campo, colocamos la comida encima de la manta y en cuanto nos dimos la vuelta, llegó una vaca y se comió toda la merienda. Hasta las servilletas.

ZEPO.—¡Vaya una vaca sinvergüenza!

SR. TEPÁN.—Sí, pero luego, para desquitarnos, nos comimos la vaca.

(*Ríen.*)

ZAPO.—(A ZEPO.) Pues, desde luego se quitarían el hambre...

SR. TEPÁN.—¡Salud! (*Beben.*)

SRA. TEPÁN.—(A ZEPO.) Y en la trinchera, ¿qué hace usted para distraerse?

ZEPO.—Yo para distraerme, lo que hago es pasarme el tiempo haciendo flores de trapo. Me aburro mucho.

SRA. TEPÁN.—¿Y qué hace usted con las flores?

ZEPO.—Antes se las enviaba a mi novia. Pero un día me dijo que ya había llenado el invernadero y la bodega de flores de trapo y que si no me molestaba que le enviara otra cosa, que ya no sabía qué hacer con tanta flor.

SRA. TEPÁN.—¿Y qué hizo usted?

ZEPO.—Intenté aprender a hacer otra cosa, pero no pude. Así que seguí haciendo flores de trapo para pasar el tiempo.

SRA. TEPÁN.—¿Y las tira?

ZEPO.—No. Ahora les he encontrado una buena utilidad: doy una flor para cada compañero que muere. Así ya sé que por muchas que haga, nunca daré abasto.

SR. TEPÁN.—Pues ha encontrado una buena solución.

ZEPO.—(*Tímido.*) Sí.

ZAPO.—Pues yo me distraigo haciendo jerséis.

SRA. TEPÁN.—Pero, oiga, ¿es que todos los soldados se aburren tanto como usted?

ZEPO.—Eso depende de lo que hagan para divertirse.

ZAPO.—En mi lado ocurre lo mismo.

SR. TEPÁN.—Pues entonces podemos hacer una cosa: parar la guerra.

ZEPO.—¿Cómo?

SR. TEPÁN.—Pues muy sencillo. Tú le dices a todos los soldados de nuestro ejército que los soldados enemigos no quieren hacer la guerra, y usted le dice lo mismo a sus amigos. Y cada uno se vuelve a su casa.

ZAPO.—¡Formidable!

SRA. TEPÁN.—Y así podrá usted terminar de arreglar la plancha eléctrica.

ZAPO.—¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes una idea tan buena para terminar con este lío de la guerra?

SRA. TEPÁN.—Estas ideas sólo las puede tener tu padre. No olvides que es universitario y filatélico.

ZEPO.—Oiga, pero si paramos así la guerra, ¿qué va a pasar con los generales y los cabos?

SRA. TEPÁN.—Les daremos unas panoplias para que se queden tranquilos.

ZEPO.—Muy buena idea.

SR. TEPÁN.—¿Veis qué fácil? Ya está todo arreglado.

ZEPO.—Tendremos un éxito formidable.

ZAPO.—Qué contentos se van a poner mis amigos.

SRA. TEPÁN.—¿Qué os parece si para celebrarlo bailamos el pasodoble de antes?

ZEPO.—Muy bien.

ZAPO.—Sí, pon el disco, mamá.

(La SRA. TEPÁN pone un disco. Expectación. No se oye nada)

SRA. TEPÁN.—(Va al gramófono.) ¡Ah!, es que me había confundido. En vez de poner un disco, había puesto una boina.

Pone el disco. Suena un pasodoble. Bailan, llenos de alegría, ZAPO con ZEPO y la SRA. TEPÁN con su marido. Suena el teléfono de campaña. Ninguno de los cuatro lo oye. Siguen, muy animados, bailando. El teléfono suena otra vez. Continúa el baile. Comienza de nuevo la batalla con gran ruido de bombazos, tiro y ametralladoras. Ellos no se dan cuenta de nada y continúan bailando alegremente. Una ráfaga de ametralladora los siega a los cuatro. Caen al suelo, muertos. Sin duda una bala ha rozado el gramófono: el disco repite y repite, sin salir del mismo surco. Se oye durante un rato el disco rayado, que continuará hasta el final de la obra. Entran, por la izquierda, los dos camilleros. Llevan una camilla vacía. Inmediatamente cae el

TELÓN

ÍNDICE

PÁGINA

1.	CUENTOS TRADICIONALES	2
-	El borracho y la calavera	2
-	El enano saltarín	2
-	El cuento de las perdices	5
-	Juan sin Miedo	6
-	El valiente Juan Chiruguete mata a ocho y espanta a siete	9
-	El traje nuevo del emperador	11
2.	FRAGMENTOS DE NOVELAS	
-	De un gallo de veleta que cazó unos lagartos y lo que con ellos hizo un niño	15
-	La abuela que incubaba pollos	16
-	De unos hombres que había en el pajar	17
-	Sancha	19
3.	MITOS	
-	Aracne	21
-	Pirene y Hércules	21
-	Apolo y Dafne	22
-	Orfeo y Eurídice	23
4.	HISTORIAS TERRORÍFICAS	24
-	Verónica	24
-	Vestida desde el más allá	26
-	La cazadora	29
-	La última novatada	30
-	El clavo	31
-	La fábrica del demonio	33
5.	LEYENDAS ARAGONESAS	34
-	La cruz del Sobrarbe	34
-	La campana de Huesca	34
-	Los amantes de Teruel	35
6.	ROMANCES	36
-	Romance del Conde Olinos	36
-	Romance de la doncella guerrera	37
7.	LÍRICA	38
-	A Dafne ya los brazos le caían	38
-	Íbase la niña	38
-	Érase un hombre a una nariz pegado	38
-	Seguidillas de la noche de San Juan	38
-	La canción del pirata	39
-	Rimas XXIV y LXXVIII	40
-	A un olmo seco	40
-	Ítaca	41
-	Derecho fundamental	41
-	Testamento de Jeff Buckley	41
8.	TEATRO	42
-	Las aceitunas	42
-	Pic-nic	

